



PARA LA VOZ

GUERRA Y CAPITAL



Consejo Editorial:

Lu Barcenilla

Miguel Borrajo

Andrés Castañón

Nolito Ferreira

Irene Uroz

Ilustración y diseño de portada:

Laura Lara Blanco

y Andrés Castañón

Maquetación:

Nolito Ferreira

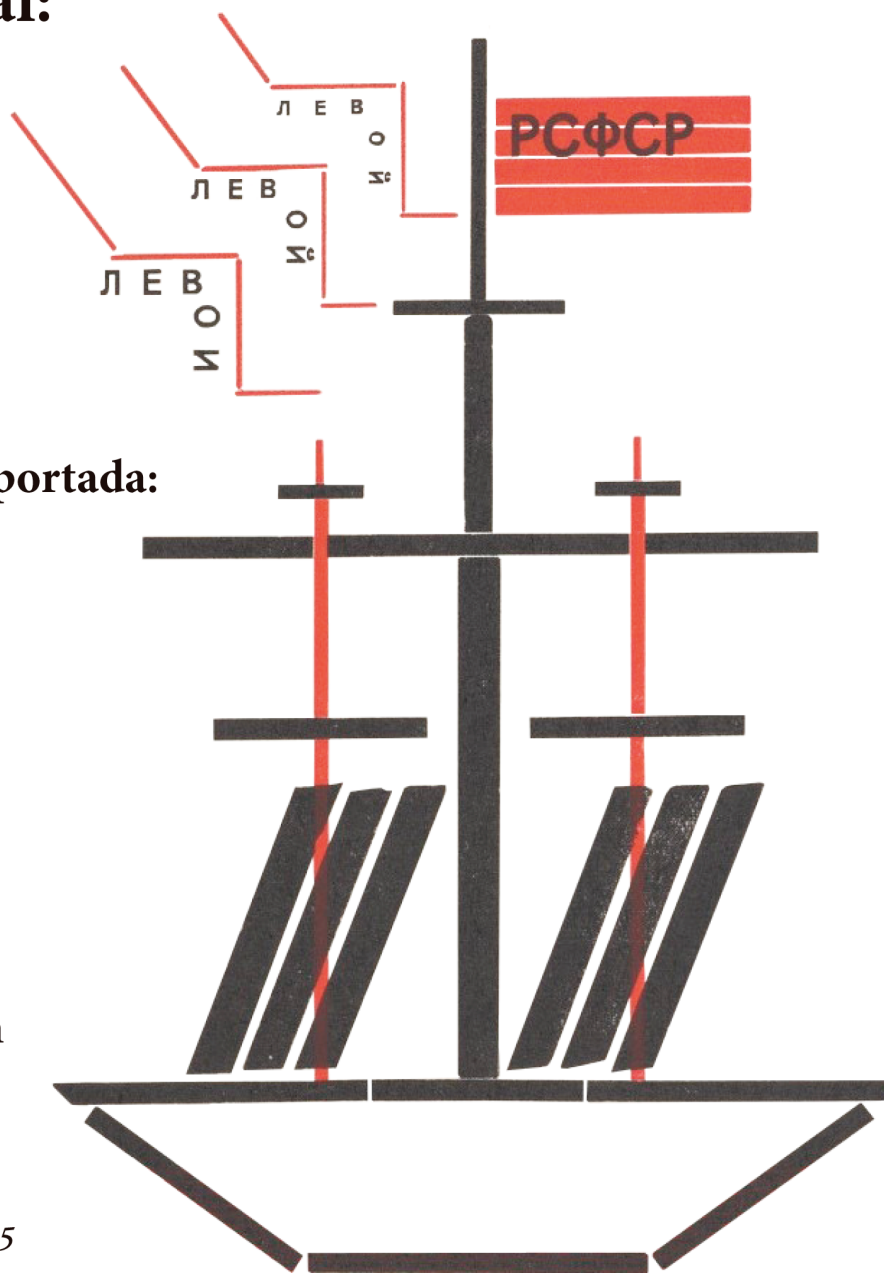
Contacto:

contacto@paralavoz.com

<https://paralavoz.com/>

Impreso en noviembre de 2025

ISSN: 2983-2823



CONTENIDO

- 2 Editorial | Guerra y capital
Consejo Editorial
- 8 Crítica de la economía política de la guerra: La producción material de la guerra en «El Capital» de Marx
Andrés Castañón
- 28 Poema | Mi triste ciudad el día de la ocupación sionista (1969)
Fadwa Tuqán, «la Poeta de Palestina»
- 30 Leer a Lenin en tiempos de guerra
Javier Martín e Iván Álvarez (Ediciones Tinta Roja)
- 40 Treinta años de lucha por la memoria internacionalista: Entrevista a la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales
Por Lu Barcenilla
- 48 «Hasta pronto, hermanos», discurso de La Pasionaria a las Brigadas Internacionales
Dolores Ibárruri
- 50 Veinte segundos para matar: La IA y la guerra automatizada
Miguel Borrajo
- 62 Guerra y literatura: el realismo socialista de Mijaíl Shólojov
Nolito Ferreira
- 70 El optimismo trágico en *El Don apacible*
Fernando Valko
- 74 Fragmentos | El imperialismo: guerra mundial y guerra civil (Lukács, 1924)
Györy Lukács

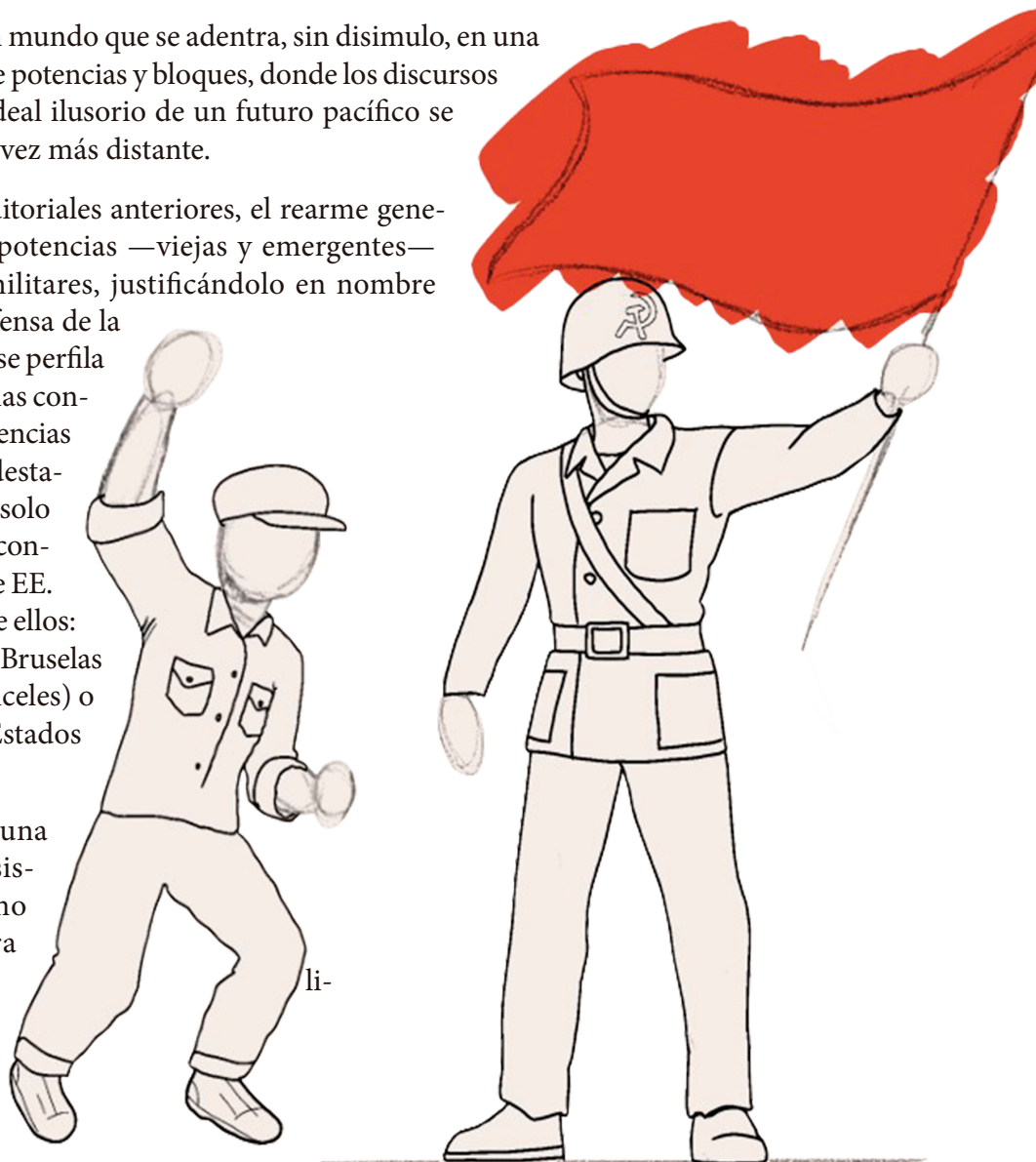
GUERRA Y CAPITAL

Nos encontramos ante una época en la que el mundo se nos presenta de manera cada vez más hostil, y es que esta sensación generalizada tiene un fundamento objetivo. Desde el estallido de la pandemia —aunque no por causa de ella— el contexto internacional ha quedado marcado por una creciente inestabilidad económica y, consecuentemente, por un incremento en las tensiones imperialistas. La guerra en Ucrania continúa sin perspectivas de resolución, mientras que el pueblo palestino sufre una política de exterminio bajo la práctica indiferencia de los gobiernos de todo el planeta.

Este escenario es expresión de un mundo que se adentra, sin disimulo, en una nueva fase de confrontación entre potencias y bloques, donde los discursos militaristas ganan terreno y el ideal ilusorio de un futuro pacífico se desvanece en un horizonte cada vez más distante.

Como venimos señalando en editoriales anteriores, el rearme generalizado es hoy innegable. Las potencias —viejas y emergentes— multiplican sus presupuestos militares, justificándolo en nombre de la seguridad nacional o la defensa de la democracia. Sin embargo, lo que se perfila es un escenario prebélico donde las contradicciones entre las grandes potencias imperialistas se agudizan. Cabe destacar que estas tensiones no se dan solo entre bloques, como la creciente confrontación entre los BRICS y el eje EE. UU. y UE, sino también dentro de ellos: las fricciones entre Washington y Bruselas (por ejemplo, en torno a los aranceles) o los conflictos entre los propios Estados europeos son muestras de ello.

Por su parte, Gaza representa una de las pocas colonias que persisten en nuestro siglo XXI, como también ocurre con el Sáhara Occidental. El pueblo palestino libra una lucha de liberación nacional que, frente a la ocupación



y la limpieza étnica, conserva plena legitimidad. Las propuestas que pretenden «resolver» el conflicto, especialmente aquellas impulsadas por Estados Unidos y sus aliados, apuntan a transformar Gaza en un nuevo espacio de valorización del capital occidental. Por eso la supervivencia del pueblo palestino y el fin de su exterminio solo puede garantizarse, a día de hoy, con la constitución de un Estado palestino independiente, libre de la injerencia extranjera y del yugo colonial.

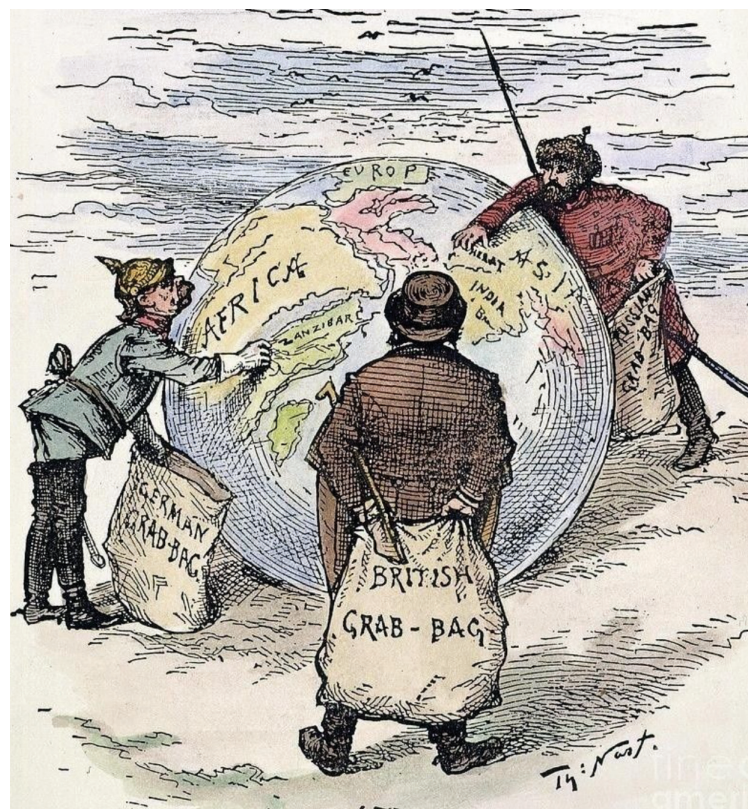
Aunque Gaza se ha convertido —con razón— en un epicentro simbólico del horror imperialista, limitar nuestra mirada a los focos más visibles implica aceptar el marco que impone el aparato mediático. Hoy múltiples guerras escapan del alcance de este radar. En Sudán, dos facciones armadas disputan el control del Estado mientras las potencias extranjeras aseguran su acceso a minerales estratégicos. En Haití, bandas paramilitares y misiones extranjeras operan como instrumentos de apropiación y control, con la complicidad directa de los Estados Unidos y las Naciones Unidas. En el Sahel, el retiro de las fuerzas francesas ha dado paso a una reconfiguración del dominio imperialista, con Rusia, Turquía y China moviendo ficha sobre corredores comerciales y enclaves extractivos. En el Kurdistán, la guerra permanente contra el pueblo kurdo continúa en la forma de ocupación, represión y bombardeos sistemáticos por parte de Turquía. Y a todo esto se suman los conflictos por el litio en América Latina, la militarización del mar de China Meridional, y la violencia impuesta a los pueblos desplazados por megaproyectos en Centroamérica o por el colapso climático en el Cuerno de África.

Los análisis de Lenin sobre la naturaleza del imperialismo, sobre su tendencia a la reacción política, a la guerra y a la militarización de la vida social, mantienen una vigencia indiscutible. El

Boceto para la portada, Laura Lara Blanco, 2025.

Caricatura política sobre el reparto imperialista del mundo

Fotografía de Alec Wainman durante la guerra civil.



capitalismo monopolista, dominante ya en todo el planeta, se enfrenta a sus propias leyes, que lo obligan a buscar nuevos nichos de mercado. Cuando estos no existen, debe crearlos, o bien desplazar a otros capitales con todos los medios a su alcance, incluidas las armas.

Esta crisis estructural también se refleja en el terreno de las ideas. Lukács ya analizó con profundidad la tendencia irracionalista del pensamiento burgués sobre las relaciones sociales imperialistas; tendencia que hoy cobra fuerza incluso en sus formas más vulgares a través del misticismo, la religión, las teorías conspirativas o las pseudociencias. El auge de la reacción, por tanto, no se da como contingencia, sino como tendencia objetiva del imperialismo, tal y como ya señaló Lenin; es la expresión ideológica de un orden social que se descompone y que busca refugio ante su propia impotencia.

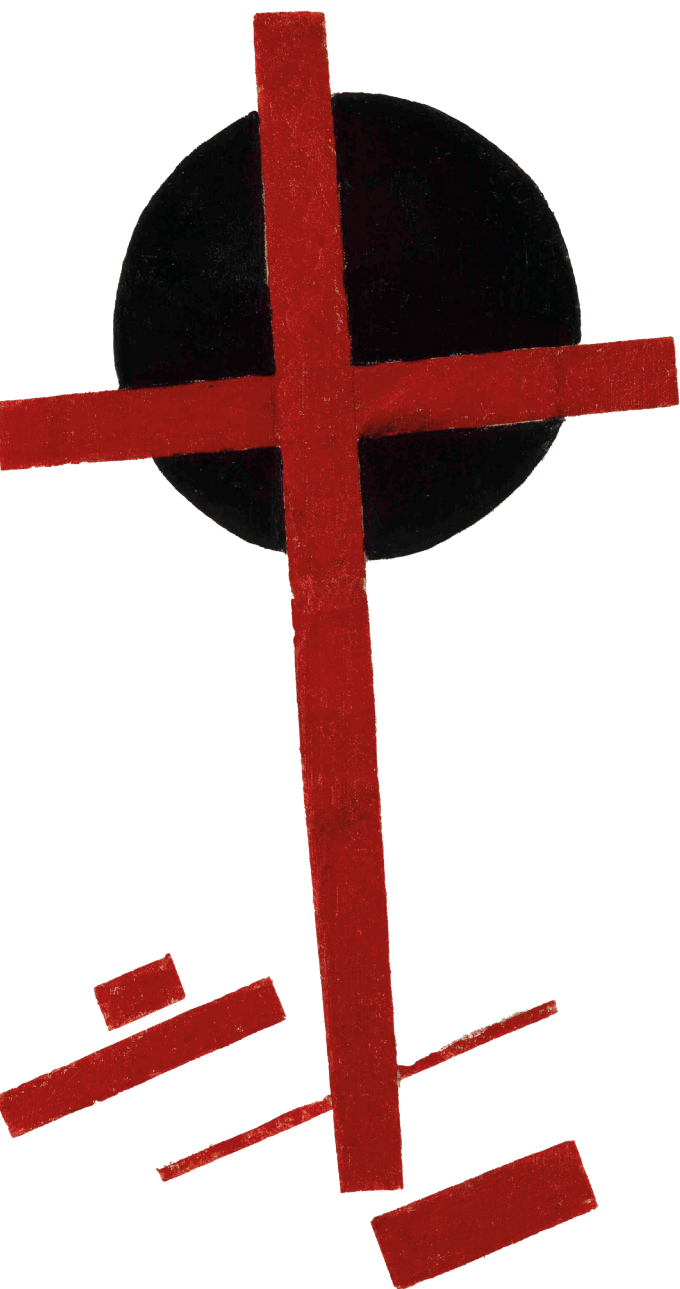
Comprender nuestra época histórica exige profundidad y rigor, no para observar pasivamente cómo el mundo se precipita hacia la barbarie, sino

para intervenir activamente en su transformación. La teoría emancipadora solo adquiere sentido si orienta la práctica militante, si sirve para organizar a la clase obrera y al pueblo en la lucha por el poder, por la superación de las relaciones de producción capitalistas que condenan a la humanidad a un suicidio colectivo. No sirve de nada pensar en otro futuro si no luchamos por hacerlo realidad.

Dedicamos así este número de *Para la voz* a profundizar en el análisis del imperialismo en nuestros días y de la conexión inherente del modo de producción capitalista con la guerra imperialista. De esta manera buscamos contribuir a definir algunas herramientas teóricas que hagan del internacionalismo no una consigna moral, sino una guía para la acción y un programa político para los trabajadores de todo el mundo.

Como siempre, el aspecto estético es para nosotros de gran importancia, y hemos dedicado un esfuerzo especial en la elaboración de la cubierta de este número. Con Palestina como epicentro simbólico del horror imperialista, hemos querido





Pintura suprematista 3, Kazimir Malevich.
¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!,
Cartel soviético ucraniano, 1980.

representar en la portada la oposición obrera al reparto imperialista. En la contraportada, a la cual se llega a través de la teoría y práctica marxista, representadas por los contenidos de este número, encontramos un mundo inundado de banderas rojas, similar a la ilustración que Lea Grundig realizara para ilustrar una edición del *Manifiesto Comunista*.

En cuanto a los contenidos, empezamos con el artículo «Crítica de la economía política de la guerra: La producción material de la guerra según “El Capital” de Marx», que, partiendo de las leyes y tendencias del capital, analiza la necesidad de la guerra bajo el modo de producción capitalista. Se trata del artículo más largo de este número y, en cierta manera, uno de los más complejos. La decisión de ponerlo primero se debe, sin embargo, a que este artículo sienta las bases más generales y abstractas de la relación entre el modo de producción capitalista con la guerra moderna.

Incluimos el poema «Mi triste ciudad el día de la ocupación sionista» (1969) de Fadwa Tuqán, conocida popularmente como «la Poeta de Palestina». Nacida en 1917, Tuqán fue una de las primeras mujeres en publicar poesía en el mundo árabe, y reflejó en sus versos la lucha del pueblo palestino por su liberación.

Contamos con la colaboración de Ediciones Tinta Roja, que escriben un artículo titulado «Leer a Lenin en tiempos de guerra», donde presentan su reciente edición de *Contra la guerra imperialista* y reflexionan sobre la actitud de los bolcheviques ante la guerra.

También contamos con la colaboración de la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales, a quienes hemos entrevistado para conocer su labor en la actualidad y sus reflexiones en torno al papel histórico de las Brigadas Internacionales.

A modo de cierre de la entrevista, publicamos el discurso de despedida de Dolores Ibárruri, la

Pasionaria, a las Brigadas Internacionales, «Hasta pronto, hermanos» (1938).

Seguimos con el artículo «Veinte segundos para matar: La IA y la guerra automatizada», en el que se analiza la estrecha vinculación del desarrollo de la inteligencia artificial con la industria militar.

Por otra parte, para estudiar la vinculación de la literatura socialista con la guerra, incluimos el artículo «Guerra y literatura: el realismo socialista de Mijaíl Shólojov», que analiza la evolución literaria del autor y su recreación literaria de la guerra.

Para profundizar un poco más en esta cuestión, publicamos el artículo «El optimismo trágico en *El Don apacible*», que reseña la obra magna de Shólojov sobre el desarrollo de la Primera Guerra Mundial y la guerra civil en la región del Don.

Cerramos el número con unos fragmentos de la obra editada por Verso Libros, *Lenin: Estudio sobre la coherencia de su pensamiento*, de György Lukács, en el que estudia la teoría leninista del imperialismo y extrae conclusiones de gran relevancia.

Por último, editamos junto a este número un fragmento de *Lucharon por la patria*, novela en la que Mijaíl Shólojov, escritor soviético reconocido internacionalmente, narra uno de los momentos más trágicos de la guerra: la retirada de las tropas soviéticas sobre el Don en el verano de 1942.

Con este número de PARA LA VOZ esperamos contribuir a la comprensión militante de nuestra compleja época histórica. Nos encontramos sin duda ante un punto de inflexión: las fuerzas del capital se preparan para un futuro incierto en el que la expansión desenfrenada —posibilitada por la caída del bloque socialista en la década de 1990— ya no es posible. Mientras tanto, las incipientes fuerzas del trabajo buscan activamente la recomposición de su poder de clase, pero este proceso no está exento de discusiones, luchas y contradicciones que es necesario afrontar. En definitiva, el presente número se concibe como un punto de encuentro en el camino, donde reflexionar en torno a las tareas estratégicas que los trabajadores y pueblos del mundo tienen ante sí.



Hoja I de la serie *El Manifiesto Comunista* de Lea Grundig (1906 – 1977), 1968.

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA GUERRA: LA PRODUCCIÓN MATERIAL DE LA GUERRA SEGÚN «EL CAPITAL» DE MARX

ANDRÉS CASTAÑÓN

I. LA NATURALEZA DE LA GUERRA

Si en el análisis militar abunda toda suerte de *realpolitiker* y de geopolíticos a la moda, ¿qué tiene que aportar el decimonónico Marx a lo ya dicho una y mil veces por nuevas generaciones de autores? Para empezar, habría que matizar —como él mismo acusó— que «la novedad consiste casi siempre en volver a puntos de vista superados ya desde hace tiempo». Y es que por seguro que los auténticos fundadores de esas teorías hoy en boga —que se basan en relaciones pretendidamente fundamentales de Estados, imperios y geografías— ganan en canas incluso a Marx. Pero hasta cierto punto la antigüedad de la teoría es irrelevante: lo urgente para la independencia de la política comunista es constatar que la concepción materialista de la historia es más fundamental que el resto de doctrinas sobre la guerra. Para demostrarlo, este artículo establece un concepto de guerra de acuerdo a *El Capital* (1867–1894) de Marx (cuyo coautor en cierto sentido fue Engels); de este modo se revela cómo las principales determinaciones de la guerra son parte constitutiva del modo de producción capitalista y seguirán existiendo mientras no hayamos logrado superar los modos de producción basados en la explotación de clase.

Para empezar a definir el concepto de guerra, debemos preguntarnos: ¿las guerras contemporáneas deben su estallido a los fundamentos abstractos de la sociedad capitalista (producción de plusvalía, etc.) o a eventualidades más o menos fortuitas pero plenamente significativas en el día a día (del estilo de un movimiento de tropas o un eventual magnicidio)? Lo cierto es que ambas clases de respuesta resultan insatisfactorias, porque no permiten alcanzar nada más que verdades



abstractas, pobres, inconclusas. Ninguna de estas verdades parciales debería saciar la necesidad teórica de un proyecto político comunista. Para salir de este atolladero, de lo que se trata es de localizar la determinación que, pese a ser abstracta y simple, es la más sustantiva al encerrar en sí misma el contenido universal de la formación social. A partir de este principio básico pueden deducirse otros fenómenos sociales —tales como una guerra en particular—, alcanzándose así una *verdad concreta*. En palabras de Marx, en lo que respecta a la relación entre el modo de producción y las relaciones políticas, la concepción materialista de la historia toma tan solo como *punto de partida* «la relación directa existente entre los propietarios... y los productores directos» (en nuestro tiempo, entre *capitalistas y proletarios*), que «es donde encontramos el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social, y por consiguiente... de cada forma específica de Estado».

Pero, cabe cuestionarse, si fenómenos como el Estado y la guerra han existido desde mucho antes de conformarse el modo de producción capitalista, ¿no sería más acertado afirmar que los fenómenos políticos o militares son independientes del capital e incluso más esenciales y anteriores a este? En efecto, la *guerra* data —según los propios Marx y Engels (en *La ideología alemana*)— de los remotos tiempos de la comunidad primitiva, y a causa de ellas tiene origen la primera forma de propiedad entre las comunidades tribales contendientes: el *esclavo*. El esclavo, que aparece como una fuerza productiva accesoria durante el comunismo primitivo, adquiere una progresiva importancia económica, lo que va unido a un incremento en la proporción entre el número de esclavos y de esclavistas que acaba por disolver los lazos tribales primigenios; durante este proceso tiene lugar la primera lucha de clases y la aparición del Estado como garante del pujante orden social esclavista.

Pero llegados a este punto, la *guerra* —nacida al calor de las pugnas entre las comunidades originarias— adquiere una nueva dimensión política y estatal: ya no ocurre por enfrentamientos tribales, sino que la guerra queda supeditada al Estado esclavista. En particular, la guerra —en tanto que violencia organizada por grupos enfrentados por dominar y prevalecer— pierde su antigua forma

tribal y comunista, y adquiere una nueva forma o esencia esclavista. Nuevas determinaciones afloran en la relación social de la guerra: división del trabajo esclavista, nuevos mandos que ejercen *supervisión*, complejas jerarquías, incremento absoluto de la tropa, tecnologías más perfectas acordes al progreso productivo del esclavismo, disputas por nuevos recursos poco accesibles, etc. En pocas palabras, el esclavismo no engendra la guerra, pero sí la fundamenta sobre un nuevo modo de producción social.

Haciendo abstracción de otros modos de producción, esta misma lógica de superación se replica mediante el *modo de producción capitalista*: además de crear nuevos enfrentamientos en su beneficio (como, entre otros, los relativos a la psiquiatría o las modernas luchas raciales), renueva y somete a sus propios principios todos los resortes de poder que históricamente hereda, mediante una refundamentación de la opresión estatal o militar, religiosa, de sexos, de edad, de campo-ciudad, de castas, etc. Encontramos un buen ejemplo de esta circunstancia al examinar la definición de guerra expuesta por Heráclito (a quien, por su inmenso ingenio dialéctico, desde los tiempos antiguos lo apodaron el Adivinador, como también el Oscuro): «La guerra es padre de todos y rey de todos, de suerte que a unos los pone en dioses, a otros en hombres, a unos los hace esclavos, a otros libres». Puede observarse que incluso sobre la guerra demostró grandes dotes al evocar varias de sus cualidades inherentes (como su destructividad creativa); a pesar de ello, es inconcebible pretender que esta representación mitológica y esclavista resuelva la complejidad de la guerra moderna o siquiera que se asome a su verdadera esencia política y económica.

Ahora bien, si no existe la guerra al margen de los modos de producción, ¿qué define pues a la guerra capitalista? Esta es precisamente la tarea que asume este artículo: la definición de las determinaciones materiales más elementales que asientan el concepto de *guerra capitalista*. Para lo que se requiere identificar las leyes y tendencias más abstractas y fundamentales del modo de producción capitalista en la medida en que determinan orgánicamente las relaciones políticas y militares de la guerra.



II. LA PRODUCCIÓN MATERIAL DE LA GUERRA

Antes de comenzar propiamente la investigación de la guerra capitalista, es necesario aclarar dos puntos: Por un lado, adviértase que Marx concibe el capital como el fundamento de la moderna *nación*: «el desarrollo de los intereses del capital... se ha convertido en la base del poder y del predominio nacional en la sociedad moderna»; además, la esencia política de esta organización social consiste en que «los intereses de la clase capitalista» se presentan «como los fines últimos del Estado». Al nacionalizar y estatalizar sus propios intereses, el capital adquiere la autoconciencia de que él es un «*poder social* en el que cada capitalista participa en proporción a su participación en el capital social global». Una vez presentadas estas premisas, podemos hablar en lo sucesivo de *Estado capitalista*.

Por otro lado, existen dos tipos de relación entre categorías (momentos) del modo de producción: la *tendencia* y la *ley*. Mientras que la ley es universal y necesaria, la tendencia es tan solo un impulso interno privado de expresión o negatividad activa. En palabras de Hegel, la tendencia es «un afán que no llega a realidad efectiva»; y para Marx la «tendencia» es «una ley cuya vigencia absoluta se ve contenida, entorpecida y atenuada por circunstancias que la contrarrestan». Por lo tanto, en el caso de que una *tendencia* se libere de su contención impuesta externamente, se volverá *ley*, y viceversa. En (2.1) la siguiente subsección se estudia la guerra en calidad de *tendencia*, es decir, como subsumida en el modo de producción capitalista pero sin posibilidad de realizarse debido a causas que la constriñen temporalmente. Mientras que en (2.2) la posterior subsección, se presenta la guerra en tanto que *ley*, es decir, como relación general entre categorías del modo de producción capitalista cuyo surgimiento es necesario debido a su relación con las demás categorías. En definitiva, la guerra como *tendencia* y *ley*, respectivamente, *empuja* en la dirección de la guerra o periódica e irrevocablemente *nos precipita* a ella.



¡GUERRA!

2.1. LA GUERRA COMO TENDENCIA

2.1.1. LA BASE DE LA COMPETENCIA INTERNACIONAL

En esta subsección se examina cómo el movimiento orgánico del capital ejerce cierta clase de presión que nos orienta hacia la guerra. En este sentido, una de las leyes más profundas del capital es la *competencia*, que, en esencia, «se libra mediante el abaratamiento de las mercancías». (Obviamos por lo pronto la cuestión de los *precios de producción* y de *mercado*, ya que aquí exponemos su base: la determinación del valor). En el seno del capital productivo, dos categorías destacan con relación a la competencia: el *capital constante* (el valor de los medios de producción) y el *capital variable* (el valor de la fuerza de trabajo). En los términos más elementales, la competencia conduce a que: por un lado, se implemente en los medios de producción «la modernísima ciencia de la tecnología»

en aras de que el capital constante transmitido a la mercancía individual decaiga; por otro lado, se busca aumentar la tasa de plusvalía (a saber, la proporción entre la plusvalía producida por el trabajador y el valor de su fuerza de trabajo), bien aumentando la jornada o la intensidad del trabajo, bien desvalorizando la fuerza de trabajo. Piénsese, por ejemplo, en un contexto internacional en el que un bando —China— despunta tecnológicamente (capital constante) y puede permitirse salarios relativamente bajos (capital variable): en esta situación, sus contrincantes son presionados para enfrentarse *por cualquier medio* a este estado de cosas, al tiempo que los capitalistas en alza se preparan para apuntalar su auge y evitar a toda costa su derribo.

2.1.2. LA COLONIA TRADICIONAL Y LA COLONIA CAPITALISTA

Otro asunto que preocupó sobremanera a Marx fue el de las *colonias*. Es esta una palabra que con frecuencia se emplea de forma anacrónica, sin pararse a pensar en qué distintas clases de colonia han existido. Por eso, Marx distingue entre la *colonia tradicional* (asentamientos formados por colonos en tierras presumiblemente vírgenes) y la *colonia capitalista* (que hereda «el sistema colonial» en un sentido tradicional, donde impera «la violencia más brutal», pero evoluciona a una subordinación económica basada en la distribución de la ganancia de acuerdo a las respectivas capacidades productivas).

Por un lado, la *colonia tradicional* fue un fenómeno común desde los albores de la civilización. La historia antigua y feudal del Mediterráneo y de Europa presentan varios ejemplos reconocibles: las colonias fenicias como Cartago, las colonias griegas en Asia Menor o el sur de Italia, las colonias

romanas, la colonización medieval hacia el Este europeo, etc.

Además, este tipo de colonia fue también consustancial a la *acumulación originaria* del capital que permitió la implantación definitiva de este modo de producción: «Se inaugura con la secesión de los Países Bajos de España» en 1648 (esto es, desde el último periodo de la España de los Austrias), y ocurre, «más o menos en sucesión cronológica, especialmente en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra». Lo característico de este tipo de colonia tradicional en la transición al capitalismo (las «colonias burguesas libres») es que sus «tierras no están apropiadas» y por eso son *vírgenes*, lo que en absoluto significa que nadie las habitara, sino simple y llanamente que el capital aún no se había apoderado de ellas: «Esto es lo que constituye la enorme diferencia entre los viejos países y las colonias, por lo que a la tierra se refiere:

la inexistencia legal o efectiva de la propiedad inmueble». Marx describe también que este tipo de colonia seguirá existiendo siempre y cuando «la ocupación de una parte de la tierra por los colonos ya asentados no excluya a los recién llegados de la posibilidad de convertir nuevas tierras en campo de inversión de su capital o de su trabajo».

A todo esto debemos preguntarnos, ¿existe todavía algún resquicio de *colonia burguesa libre*? A lo que respondemos sin tapujos: pese a que este tipo de colonialismo representa la excepción y no la norma en el dominio internacional actual, desde luego que sí sigue existiendo. Si guardamos la distancia con respecto a la forma agrícola de las primeras colonias tradicionales capitalistas, ¿es que pueden concebirse ejemplos más claros y lamentables de colonialismo tradicional que los proyectos de Israel y Marruecos?, ¿acaso los capitales israelí y marroquí no imponen a fuego su voluntad despreciando y mutilando las relaciones humanas preexistentes? Es cierto, ahora bien, que en Palestina y el Sáhara Occidental ya existían y existen relaciones de producción capitalistas relativamente poco desarrolladas, y en parte debido a este hecho incluso a muchos voceros del capital los proyectos coloniales sionista y marroquí les parecen *injustos* (volveremos más adelante sobre la idea de injusticia y su relación con la guerra).

Por otro lado, el Imperio británico —que Marx consideraba una «nación comercial explotadora» de la India— representa en el siglo XIX el tránsito efectivo a una nueva forma de relación colonial. Es decir, a medida que el mundo de relaciones sociales se vuelve capitalista, el colonialismo tradicional

evoluciona hacia la *colonia capitalista*. En este caso, lo importante no son las tierras vírgenes, sino las diferencias en la composición orgánica del capital; es decir, así como la división del trabajo al interior de una nación aprovecha la contradicción campo vs. ciudad, de tal modo que «es la ciudad la que en todas partes y sin excepción alguna explota económicamente al campo por medio de sus precios de monopolio», de forma análoga, «la división del trabajo en el mercado mundial» obliga a las colonias (con independencia de sus condiciones naturales, como la fertilidad del suelo) a especializarse en trabajos que requieren poca inversión en capital constante (medios de producción) como la agricultura: «Esto distingue... a los Estados coloniales basados en el mercado mundial moderno respecto de los anteriores». Sin entrar en detalle en el problema de los precios de producción, el establecimiento de una ganancia media provoca que los capitales con menor composición orgánica del capital (digamos, con menor tecnología productiva) transfieran parte de su plusvalía a los capitales con mayor composición orgánica (más tecnológicos), y esta compensación de la ganancia entre capitales «vale también para distintas fases evolutivas que coexisten simultáneamente en varios países». Esto perjudica muy notablemente a las colonias porque pierden parte del control efectivo de sus tan necesitadas riquezas. Además, a la inversa, un aspecto particularmente perverso de las colonias modernas es que permiten a los capitalistas más poderosos aumentar el valor de la fuerza de trabajo de los proletarios de sus respectivas naciones, con el fin último de suspender o retardar la lucha de clases.

2.1.3. LA COMPETENCIA Y EL MONOPOLIO

Además, Marx dedicó parte de *El Capital* a lo que comúnmente se entiende por la *teoría de la competencia*; o sea, la teoría sobre los precios empíricos de mercado (es decir, del mismo tipo de precios que los contables recogen en sus cuentas y los economistas vulgares en sus manuales). No entramos aquí en las numerosas modificaciones que, atendiendo a numerosas condiciones, establecen la oferta y la demanda sobre los precios de producción. Pero sí es pertinente poner el foco en los *monopolios* y su fijación de un «precio de monopolio» que les permite obtener una ganancia superior a la plusvalía producida por ellos mismos (en detrimento de la ganancia que dejan de percibir otros capitales). Esto es, pese a que los monopolios se deducen enteramente a partir de la ley del valor, se apropian de más ganancia de la que les asignaría una irreal situación de competencia perfecta.

De acuerdo a Marx, existen «monopolios naturales o artificiales»: Por un lado, el *monopolio artificial* surge como consecuencia de la acumulación y concentración de capital, de la centralización de varios capitales en uno mayor, de los cárteles, de los privilegios legales, del proteccionismo estatal, de las compañías coloniales, etc. Por otro lado, el *monopolio natural* explota recursos naturales singulares, que en principio no pueden producirse con el trabajo humano; como tierras o yacimientos mineros únicos, saltos de agua, pasos de transporte exclusivos, etc. La ley de la competencia que somete fatalmente a los pequeños y medianos capitales, sumado a la idea de poder sobresalir frente al resto y sobrevivir gracias al «precio de monopolio», promueve que los capitales actúen por todos los medios para convertirse en monopolio, aunque muy pocos lo logran. Es preciso señalar que el propio Marx solo llegó a conocer monopolios locales o nacionales, mientras que Hilferding (en Alemania, en *El capital financiero* [1910]) y Lenin (a escala internacional, en *Imperialismo, fase superior del capitalismo* [1916]) estudiaron los monopolios financieros imperialistas que comenzaban a repartirse el mundo, y autores contemporáneos como los cubanos Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya (*Transnacionalización y desnacionalización* [2010]) estudian la evolución del imperialismo contemporáneo a través de la categoría de monopolio transnacional. No puedo sino recomendar efusivamente el estudio de estas obras.

La unión de los frentes de Leningrado y Voljov en los pantanos de Sinyavinsky,
foto de Vsévolod Tarasevich, enero 1943.

Foto de Vladislav Mikosha, Moscú, 1940.



2.1.4. LA PROPIEDAD DE LA TIERRA

Un medio de producción capitalista que interesó notablemente a Marx fue la *tierra*: «La propiedad del suelo presupone el monopolio de ciertas personas a disponer de determinadas porciones del planeta como esferas exclusivas de su voluntad privada, con exclusión de todos los demás». De nuevo, podría parecer que la propiedad de la tierra, al ser anterior que el modo de producción capitalista, posee sus propias leyes: «el monopolio de la propiedad territorial es una premisa histórica y se mantiene como base constante, tanto del modo capitalista de producción como de todos los modos de producción anteriores basados en la explotación de las masas». No obstante, el capital refunda la propiedad de la tierra sobre su propia lógica: «la forma en la que el incipiente modo de producción capitalista encuentra la propiedad del suelo no le corresponde, él mismo crea la forma adecuada». En esencia, el capitalista industrial explota la fuerza de trabajo del obrero obteniendo así plusvalía, sin embargo, esta plusvalía se reparte entre varias clases y categorías sociales: capitalistas comerciales (ganancia comercial) o bancarios (interés y ganancia por comercio del dinero), el Estado (impuestos), etc. Por importancia económica, la tercera clase social del modo de producción capitalista es el *terrateniente* (el propietario de tierra arrendada), cuyo beneficio también proviene de la plusvalía transformada que en este caso recibe el nombre de «renta del suelo, provenga de tierras de cultivo, solares de construcción, minas, pesquerías, bosques, etc.».

La tierra es extraordinariamente importante por permitir producir plusvalía en ella, pese a que ella misma no posea valor: «el precio de las cosas que en y de por sí carecen de valor, esto es, que no son producto de trabajo, como la tierra... pueden determinarse mediante combinaciones muy casuales. Para vender una cosa no se requiere más que sea monopolizable y enajenable». En general, se da un «creciente enriquecimiento de los terratenientes»: «un constante aumento de sus rentas y un creciente valor económico de sus fincas» (aunque, más precisamente, lo anterior se aplica al conjunto de la clase

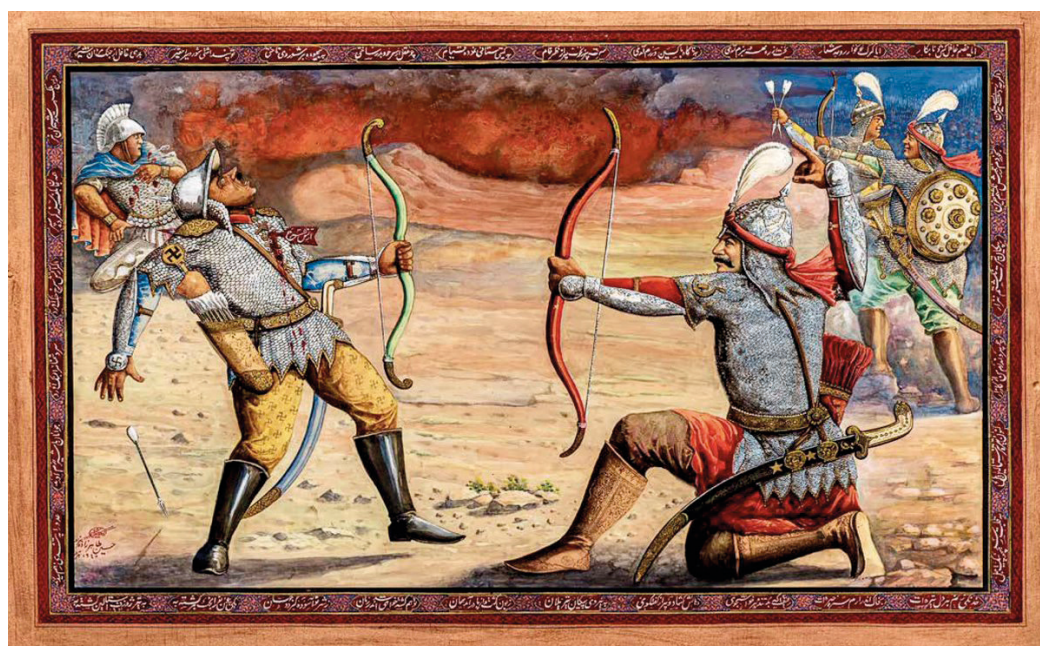
terrateniente). Además, los terratenientes pueden usar la propiedad sobre la tierra —en especial, si han constituido un monopolio del suelo— para ejercer toda clase de medidas extraeconómicas y aumentar más aún sus rentas de la tierra: pueden «extorsionar al arrendatario con un elevado canon», «pueden explotar la legislación para estafar a toda la clase de los arrendatarios», etc. En definitiva, la apropiación de *nuevas tierras* ofrece grandes ventajas a los capitales y terratenientes, especialmente si la competencia es acuciante.

Existen, además, tierras particularmente apreciadas. Para distinguirlas, Marx estudió las dos rentas especialmente lucrativas del suelo: La *primera renta* se basa en las *diferencias* naturales de productividad que constituyen una «fuerza natural monopolizable», tales como saltos de agua, tierras más fértiles, tierras para la «industria minera», etc.; estas diferencias generan «ganancia extraordinaria». Se incluyen en esta categoría las tierras que abaratan el transporte, como aquellas tierras próximas al mercado o las tierras que en sí constituyen rutas comerciales; análogamente, las tierras en las que se gravan menos impuestos entran en esta categoría. La *segunda renta* tiene los mismos resultados que la primera, y surge de las *diferencias* en la productividad del capital adicional invertido en un mismo terreno (incluyendo la edificación). Además, «los terrenos destinados a la construcción» en las grandes ciudades dan pie al alquiler, la especulación, la monopolización, etc., de lo que se aprovechan los terratenientes y los capitalistas: «la miseria es para los alquileres una fuente más lucrativa que las minas de Potosí para España». De acuerdo a esta segunda renta diferencial, son más apreciados los territorios de los países con más capital productivo invertido en la tierra y, por tanto, el terreno de las colonias no resultaría en principio tan atractivo; sin embargo, el propio progreso de los medios de transporte pone «zonas de tierra» de las colonias (tales como «las pampas argentinas») en condiciones de competir, lo que atrae el interés de los mayores capitalistas.

2.1.5. LA GEOGRAFÍA

En lo que respecta a la geografía, Marx jamás comulgó con los *naturalistas*, es decir, con quienes se empeñaron en reducir las relaciones sociales a ciertas propiedades de la naturaleza (como, a propósito, las primeras generaciones de geopolíticos con respecto a la geografía). Por el contrario, de acuerdo a la concepción marxista, la sociedad se enfrenta ante todo al desafío de producir y reproducir sus propias relaciones sociales materiales y espirituales, y en esto consiste la producción social. Así, en el modo de producción social capitalista, en el que la producción de la plusvalía representa el alfa y el omega, se puede acelerar la producción de plusvalía acortando el tiempo en el que el capital se encuentra en forma improductiva en la esfera de la circulación, y «el medio principal para reducir el tiempo de circulación es el mejoramiento de las comunicaciones». Esta necesidad social se plasma en nuevos y mejores medios de transporte que hacen mejor uso de la geografía, entonces «puede desplazarse la distancia relativa de los centros de producción con respecto a los mayores mercados, con lo que se explica la decadencia de los antiguos y el auge de nuevos centros de producción a medida que varían los medios de transporte y comunicación». En suma, no es la naturaleza la que impone su esencia a la sociedad; más bien la sociedad se enfrenta a la necesidad de producirse a sí misma de acuerdo a distintos modos o formas de producción, lo que la obliga a entrelazarse con la naturaleza: «La necesidad de controlar socialmente una fuerza natural... desempeña el papel más decisivo en la historia de la industria».

Otras categorías relacionadas con la geografía y que generan tensiones entre los capitales de distintos Estados son: los «aranceles aduaneros», cuya «abolición o rebaja» posee «gran importancia... para la industria» en condiciones no proteccionistas; o las «materia prima», cuya escasez o alza en el precio «puede cortar o entorpecer el proceso de reproducción».



La victoria del Ejército Rojo sobre el fascismo, 1945.

2.1.6. LA REDUCCIÓN DE LA TASA DE GANANCIA GENERAL

Por otro lado, la tasa de ganancia general desciende progresivamente, lo que significa que a una misma cantidad de capital desembolsado le corresponden progresivamente menos ganancias por término medio. Esta ley se relaciona con la guerra de dos maneras distintas. Por un lado, existe la contratendencia de que los capitales de un país más desarrollado obtengan «cuotas más elevadas de ganancia» basadas en el comercio exterior, en especial con «las colonias»: como se ha señalado antes, «el país más avanzado vende sus mercancías por encima de su valor» (es decir, por su precio de producción), y ocurre lo mismo con la importación, ya que «obtiene la mercancía más barata de lo que él mismo podría producirla». Por otro lado, en una nación existen diversos sectores y monopolios

individuales cuyas tasas *particulares* de ganancia despuntan por sobre la decreciente tasa *general* de ganancia; y en situaciones de incertidumbre en las que la guerra asoma como tendencia, uno de los claros favoritos para la inversión es la industria armamentística (lo que también se asienta en el *capital ficticio*, que se comenta más abajo). Es decir, pese a que la tasa de ganancia general decaiga, la industria armamentística puede representar un oasis de alta tasa de ganancia; lo que puede incluso retrasar las crisis (sobre las que también nos detenemos más adelante), ya que este tipo de industrias «que necesitan un gran capital para desenvolverse... son absolutamente necesarias... a fin de desviar las acumulaciones periódicas de la riqueza sobrante».

2.1.7. LA PRODUCCIÓN MILITAR: LA INDUSTRIA ARMAMENTÍSTICA

En primer lugar, el sector militar, en tanto que capital productivo moderno, descansa sobre «la gran industria». Además, existen dos grandes ramas industriales: la armamentística (la producción de armamento) y la bélica (la realización de la guerra). La *industria armamentística* dispone de obreros productivos muy especializados: especialistas en teoría militar, ingenieros en metalurgia y electrónica, mecánicos de precisión, técnicos de maquinaria, expertos en materiales balísticos, etc. Además, los medios de producción (y por extensión la composición orgánica) deben necesariamente sobresalir con respecto al resto de industrias capitalistas, ya que lo contrario significaría la obsolescencia de las capacidades militares: fábricas de armamento y municiones, astilleros navales, plantas siderúrgicas y metalúrgicas de alta pureza y precisión, maquinaria para los componentes balísticos, laboratorios de materiales compuestos y aleaciones especiales, plantas químicas para la producción de explosivos y combustibles, complejos y seguros sistemas informáticos, etc. Además, la *industria armamentística* produce principalmente medios de producción para la *industria bélica*: armas, munición, vehículos de combate, aeronaves

militares, buques de guerra, capacidades misilísticas, sistemas de radares y vigilancia, comunicaciones y enlaces, componentes de guerra electrónica, plataformas de mando y control, software y simuladores, equipamiento médico, de avituallamiento y de supervivencia militar, etc. A diferencia de la industria bélica, la industria armamentística produce valor y plusvalor; además, en estado de paz, su principal propósito obedece a la necesidad de producir ganancia (piénsese, por ejemplo, en la relativa baja productividad de valores de uso de la industria de la OTAN). Además, a medida que aumenta el riesgo de guerra, los países renuevan sus arsenales y se rearmen para la guerra; en este contexto, la industria armamentística disminuye el tiempo de rotación del capital produciendo así más plusvalía aún. La guerra, según sus muy diversas formas, puede hacer que el capital industrial armamentístico se centralice, pudiendo incluso confiscarse por el Estado y, al mismo tiempo, el valor y la plusvalía pueden seguir reproduciendo esta industria de forma ampliada o simplemente ser dilapidados de forma improductiva en las operaciones militares.



El ejército, que estudiamos más adelante en calidad de fuerza de trabajo de la industria bélica, también posee un tipo especial de función en situación de paz: el *trabajo de supervisión*. En cualquier modo de producción existe cierto tipo de «trabajo de dirección», sin embargo, el «trabajo de supervisión» crece en proporción directa al antagonismo social (en términos políticos, al aumentar la «contraposición entre gobierno y masas populares»). En un contexto bélico o prebélico, estas tensiones se acrecientan, con lo que el ejército (y la policía) deben intervenir para mantener la integridad política y administrativa del Estado. (Dicho sea de paso, a propósito del desarrollo de las nuevas tecnologías disruptivas como la IA, conviene repasar otro factor material que incrementaría el trabajo de supervisión: Marx explica que por lo general el desarrollo de las fuerzas productivas permite mantener el número absoluto de obreros, pero si obligara a disminuir este número drásticamente «provocaría la revolución, puesto que la mayoría de la población se vería retirada de la circulación»).

2.1.8. LA CRISIS

Otra ley del modo de producción capitalista puede resultar decisiva en los conflictos armados: la crisis por sobreproducción de capital. Expresado en pocas palabras, el capital produce una cantidad tal de capital que no puede absorber: «El *verdadero límite* de la producción capitalista es el *propio capital*». Lo que conduce principalmente a un exceso de mercancías —en especial, de medios de producción— que imposibilita la reproducción del capital y que obliga a la eliminación del capital sobrante. Las «crisis periódicas» recorren el ciclo: «depresión, animación media, precipitación y crisis»; por lo tanto, en rigor, la crisis constituye el proceso de reequilibrio en la producción. La crisis, en tanto que solución a la sobreproducción, puede adoptar dos formas: la ociosidad (por ejemplo, el valor improductivo refugiado en el oro) o la destrucción del capital. La destrucción de capital puede significar muchas cosas: la paralización de medios de producción y su desvalorización por desgaste físico y moral, la bancarrota del crédito, la desocupación de los obreros y la reducción salarial, etc. En todo caso, debemos considerar algo sumamente importante: «el reparto de estas pérdidas no se establece en modo alguno por igual entre los distintos capitales individuales, sino que se decide en una lucha competitiva». Por lo tanto, si un capital solo puede prevalecer en la crisis destruyendo el capital ajeno para dar término a la sobreproducción, entonces lo intentará por todos los medios a su alcance.

2.1.9. EL CAPITAL FICTICIO Y LAS INVERSIONES A FUTURO

Lo que comúnmente se denomina mercado de finanzas también desempeña un papel decisivo en la preparación de la guerra. En concreto, el *crédito* y el *capital ficticio* devienen en «un sistema de consignaciones simplemente para conseguir anticipos», sistema que ata a los capitales a las predicciones que han establecido del futuro, incluyendo a la industria armamentística, que puede tratar de forzar a sus clientes a emprender acciones militares para cumplir así con las cuotas de producción previstas. Además, esta clase de operaciones bursátiles sobre el futuro del capital «necesariamente termina en el abarrotamiento masivo de los mercados y en el crack»; en otras palabras, este aspecto del modo de producción acelera la sobreproducción de capital y potencia la crisis. Para evitar este escenario, la vía militar (por las ventajas económicas abajo descritas) resuena con más fuerza, más si cabe si el capital se ha invertido en la industria armamentística, porque una guerra lograría destruir las armas sobrantes (capital mercantil) de la forma más efectiva.

Estas relaciones económicas, en definitiva, apuntan a la guerra como posible solución a determinados problemas económicos; además, en el caso de que anuncien un riesgo severo como la bancarrota, pueden provocar la necesidad de declarar la guerra. En concreto, el capital o Estado capitalista que, por las condiciones examinadas, se encuentre a las puertas de la crisis o la derrota competitiva, se lanzará a los «ensayos apasionados de nuevos métodos de producción, a las nuevas inversiones de capital, a las nuevas aventuras». Esto es, el capital de futuro adverso, pero sabedor de ser representante de una inmensa fuerza social, puede emprender la determinación de acudir a la guerra para mejorar su situación económica. Por todo lo anterior, ha quedado resuelto que la *paz* es guerra en estado latente o tendencial; por lo tanto, la *pax capitalista* es simple y llanamente la preparación para la guerra.



2.2. LA GUERRA COMO LEY

2.2.1. LA GUERRA COMO POTENCIA ECONÓMICA

El modo de producción capitalista es, en esencia, un conjunto de relaciones sociales basados en «resortes puramente económicos»; es decir, el trabajador acude al centro de trabajo por coerción fundamentalmente económica (ni religiosa, ni militar, etc.). Ahora bien, esta normalidad capitalista ha sido impuesta por medidas extraeconómicas, tales como, literalmente, el castigo de «las marcas de fuego» en la piel de los desposeídos incapaces de proletarizarse, y otros «tormentos» corporales como «la fuerza de los palos» para azotar y flagelar con objeto de imponer la disciplina obrera. Entre estas medidas se incluyen las ideológicas, muy destacadamente las jurídicas: «leyes grotescas y terroristas». Entonces, para el capitalista, la guerra y otras formas de violencia son ante todo

medios de imponer el orden burgués: «el capital nace chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza». Tanto la imposición de la disciplina del obrero como la construcción de los magníficos medios de producción que permitieron el tránsito del régimen feudal al capitalista requirieron de violencia sistemática, de guerras y de sumisión «casi siempre en forma de trabajos forzados».

Por lo tanto, desde los mismos orígenes del modo de producción capitalista, este se ha guiado bajo la máxima: «La violencia... es, por sí misma, una potencia económica». En adelante examinamos qué implicaciones posee este principio con relación a la industria bélica.

2.2.2. LA PRODUCCIÓN MILITAR: LA INDUSTRIA BÉLICA

En primer lugar, una vez hubo madurado el modo de producción capitalista, la guerra comenzó a identificarse con una *industria*. La industria propiamente bélica o de la guerra se complementa con la industria armamentística, aunque no se reduzca a esta última; por tanto, debemos distinguir entre, por un lado, la *industria armamentística*, cuya fuerza de trabajo la constituyen los obreros que producen los medios de producción (armas, munición, etc.) que entrarán en el proceso productivo de la guerra y, por otro lado, la *industria bélica*, cuyo objetivo no es producir esos medios (armas, etc.), sino hacerlos servir. En concreto, la rama armamentística provee de los medios de producción que entrarán en el proceso productivo de la guerra en calidad de capital constante. Con respecto a la fuerza de trabajo en el proceso productivo de la guerra (capital variable), los trabajadores encargados de poner en marcha esta singular industria forman en primera instancia el *ejército nacional*. La base del ejército está constituida por la tropa, esto es, por soldados poseedores de una fuerza de trabajo media. A medida que asciende

la jerarquía hasta llegar al «general», encontramos distintos rangos, que en principio representan a cada peldaño superior la capacidad de realizar un trabajo abstracto *potenciado* o más bien *multiplicado*, además, esta capacidad se debe a la educación, y aumenta el valor de su fuerza de trabajo o salario (a veces llamado estipendio por herencia romana). Ahora bien, Marx no ignoraba que en la cúspide de las grandes industrias el «salario de vigilancia se halla por regla general en razón inversa a la supervisión realmente ejercida por estos directores nominales»; más bien, la selección de los mayores rangos en la cadena de mando se debe a circunstancias extraeconómicas, o a circunstancias tan dispares como la venta de su «honor» (por un precio sin valor).

Conviene realizar varias precisiones sobre la categoría de *proletario* en el ejército. En primer lugar, a no ser que se trate de un ejército privado, por norma general los salarios provienen del Estado, que, a su vez, obtiene su presupuesto de la plusvalía que obtiene por vía de impuestos (si es que no

poseyera sus propias industrias estatales generadoras de plusvalía): «el capital del Estado, en la medida en que los gobiernos emplean trabajo asalariado... actúan de capitalistas industriales». En otras palabras, en «la división de la plusvalía», el capitalista industrial debe compartir la plusvalía con otras categorías de capitalistas, los terratenientes y, «además, el gobierno y sus funcionarios». En segundo lugar, no todos los soldados con independencia del rango pueden considerarse meros obreros en sentido económico; ya que en el ejército abundan las clases medias (es decir, los pequeños propietarios de capital o tierras que, en ocasiones, han llegado a serlo gracias a los altos salarios de su estatus militar); e incluso el ingreso de familiares de capitalistas o terratenientes en los puestos de dirección del ejército no es infrecuente en la historia castrense. Tal contradicción de clases en el ejército se manifiesta de la forma más brutal en los innumerables y persistentes casos de maltrato y abuso de poder. En tercer lugar, hay que aclarar que ningún proletario por el hecho de estar explotado por el capital pertenece a la clase obrera o proletaria en sentido pleno: dicha clase se basa en las relaciones económicas, pero no se reduce a ellas, sino que en el proceso de su constitución entran en juego condiciones políticas e ideológicas enteramente necesarias. Además, Marx y Engels explican en otras obras la historia de los ejércitos modernos y cómo, a causa del insuflo del espíritu revolucionario en las milicias populares del siglo XIX, los capitalistas han creado ejércitos profesionales distanciados de la clase obrera para evitar que se adhieran a las ideas populares y revolucionarias. Dicho esto, en ciertas revoluciones comunistas exitosas, los soldados de la tropa han representado uno de los puntos de apoyo (o,

cuanto menos, se han mostrado neutrales); por lo tanto, sus condiciones específicas merecen examinarse con el mayor rigor para elaborar la estrategia del partido obrero.

Por último, cabe preguntarse, ¿qué producen exactamente los soldados? Para empezar, la industria de la guerra es esencialmente improductiva en términos de plusvalía y, por ende, no permite la reproducción ampliada del capital por las vías convencionales; es decir, los soldados, en principio, no producen mercancías destinadas al mercado. Esto no significa que los soldados, en la guerra, no produzcan nada, ya que prestan toda clase de *servicios* no productores de valor, en los que «el efecto útil producido va inseparablemente unido al proceso» (es decir, «no existe un objeto de uso»). Entre otros servicios, el ejército asegura rutas comerciales y zonas de extracción de recursos, garantiza la soberanía del Estado frente a potencias rivales, quiebra la voluntad de otros actores internacionales, mantiene el orden interno, reprime levantamientos, realiza prácticas y simulacros militares, etc. Tal es así que en la actualidad muchos ejércitos remuneran a los soldados —que hacen uso de sus vehículos y armamento (medios y objetos de trabajo)— en función de criterios tan transparentes como la cantidad de kilómetros avanzados, el número de soldados enemigos abatidos o los días de misión. Además, el hecho de que la industria bélica no produzca valor o plusvalía no debe llevarnos a confusión: los capitalistas de la industria bélica pueden obtener ganancia procedente de la plusvalía transferida desde la industria productiva (solo así se explican, por ejemplo, las así llamadas empresas contratistas, a saber, los cuerpos de mercenarios).

IALE

2.2.3. LA POTENCIA ECONÓMICA DE LA INDUSTRIA BÉLICA CAPITALISTA

Ahora examinemos la *potencia económica* de la guerra en lo que atañe a dos leyes económicas fundamentales: la crisis y la ley del valor.

Por un lado, ya se ha establecido que periódicamente se produce un exceso de capital que conduce forzosamente al surgimiento de la crisis: la destrucción de fuerzas productivas capitalistas. Pues bien, los capitales individuales tratan por todos sus medios de que esa necesaria destrucción no les afecte o lo haga el mínimo posible; y el Estado actúa en consecuencia para reducir los daños de la crisis en la economía nacional. Para ello, el Estado puede aventurarse a destruir los medios de producción de otras potencias mediante la guerra; de tener éxito, podría lograr no solo salir indemne de la guerra, sino incluso forzar a otra nación a someterse como colonia o mantenerla como tal en tanto logre destruir sus medios de producción más tecnológicos. Además, es ley de vida que el capital debe «restaurar todos los elementos del capital productivo y, sobre todo, su elemento más importante, el capital variable», pero en toda guerra mueren mayormente trabajadores; esto tiene dos consecuencias: por un lado, los obreros constituyen capital productivo (en especial, capital variable), lo que ayuda a mitigar la crisis (e incluso pueden aumentar los salarios por la virtual reducción del ejército industrial de reserva: «cuanto mayor sea la capa de los Lázaros... tanto mayor será el pauperismo»); por otro lado, una vez

agotado el ejército industrial de reserva, «la fuerza de trabajo gastada» —ya sea en la producción convencional o en la industria de la guerra— «tiene que reponerse con fuerza de trabajo fresca», lo que, de no resolverse, puede obstaculizar o impedir la reproducción del capital.

Por otro lado, la guerra posee otra potencialidad económica que la convierte en el bálsamo de Fierabrás a ojos de los capitalistas desequilibrados. Los intercambios, tomados en su conjunto, se basan en la ley del valor; a saber, el valor total de las mercancías compradas y vendidas se conserva. Esta es una ley que opera «con independencia de la voluntad, la previsión y la acción de quienes los intercambian». No obstante, la victoria en la guerra no rinde cuentas ante la ley del valor o, expresado de otro modo, constituye una vía de escape a la ley del valor, en tanto que permite una apropiación extraeconómica de fuerzas productivas ajenas, ya se trate de medios de producción (particularmente de territorios) o de fuerza de trabajo. Sobre el nuevo reparto de propiedad, se restablece la producción capitalista y la consiguiente ley del valor, que tanto el vencedor como el vencido están obligados a respetar. En este punto queda de manifiesto que la guerra (en tanto que fenómeno concreto), pese a deducirse a partir del capital (fundamento abstracto-concreto), ni puede simplemente reducirse a él ni tan siquiera tiene por qué coincidir con el movimiento general del valor.

RTA!

2.2.4. DOS CONSECUENCIAS NO CAPITALISTAS DE LA GUERRA

Hemos de ser conscientes de que la victoria o la simple derrota no son los únicos posibles resultados de la guerra para el capitalista, ya que quedan por valorar otros dos tipos de resolución del conflicto militar: la *destrucción del modo de producción* y su *superación socialista*. Por un lado, Marx consideraba que una relación social puede dar al traste con la entera formación social; por ejemplo: «La grandeza de los romanos fue la causa de sus conquistas, y sus conquistas destruyeron su grandeza». (Podríamos considerar a este tipo de formas sociales como *inorgánicas* —aunque perfectamente lógicas y racionales por deducirse directamente del modo de producción—, en tanto destruyen el fundamento lógico que constituye la condición de existencia de la totalidad orgánica e histórica). La guerra, en este sentido, puede destruir el propio modo de producción que la sustenta, más si cabe al considerarse la potencia de destrucción masiva con que cuentan los Estados capitalistas más desarrollados. El modo de producción capitalista produce en cantidades industriales las incontables espadas de Damocles, destructoras de mundos, que penden sobre toda la cabeza de toda la humanidad. Y viviremos con esta amenaza existencial mientras perviva un modo de producción que prioriza la plusvalía a la producción de seres humanos plena y pacíficamente desarrollados, por lo cual Marx valoraba que el capital «es, mucho más que cualquier otro modo de producción, una dilapidadora de seres humanos, de trabajo vivo, no solo de carne y sangre, sino también de nervios y cerebro».

Por otro lado, Marx considera otra alternativa que puede derivarse de la guerra: el capital «es, ciertamente, el derroche más espantoso del desarrollo individual», pero al mismo tiempo constituye «la época histórica que precede directamente a la

reconstitución consciente de la sociedad humana», además, indicó que «la violencia es la partera de toda vieja sociedad preñada de una nueva». Esto es, la guerra puede concentrar toda su destrucción en una tarea creadora (tal y como Heráclito la concibió como padre de todas las cosas): la liberación del proletariado y de las colonias del estado de subordinación al que les somete el modo de producción capitalista. Contra este peligro inmortal del socialismo, la burguesía nacional retira su máxima estoica: *Que se salve la justicia, aunque perezca el mundo*; y la reemplaza por una mucho más prosaica: *Que se salve el mundo [del capital], aunque perezca la justicia*. Solo una guerra para anular y superar la producción capitalista puede considerarse una guerra justa por el partido de los trabajadores; con la victoria militar de los obreros, sobre el modo de producción comunista, la guerra no tendría cabida ni como ley ni como tendencia, y los ingentes recursos de las industrias bélicas —incluidos los soldados— se dedicarían a producir bienes de uso para satisfacer las crecientes necesidades sociales. (Por cierto, Lenin sostuvo además que el tránsito del modo de producción capitalista al modo de producción comunista [socialización] requería como condición necesaria: la monopolización [nacionalización] y estatalización [confiscación]; y la guerra obliga al Estado capitalista a realizar ambas tareas, por lo que aceleran la preparación de las bases del comunismo).

En definitiva, durante la *paz* operan tendencias bajo la superficie social y mediática que preparan la guerra y que habrán de convertirse en tenaces leyes que ineludiblemente conducen al estado de guerra. La *paz* y la *guerra* son, por lo tanto, aspectos diferenciados de una y la misma realidad: la guerra en tendencia es paz, la guerra como ley no es más que la producción de la guerra.

III. LA PRODUCCIÓN ESPIRITUAL DE LA GUERRA

3.1. LA INDUSTRIA DE LAS IDEAS DE GUERRA Y PAZ

Hasta ahora se ha descrito el modo de producción material en lo que atañe a la guerra, pero nada «impide que la misma base económica... pueda manifestarse en infinitas variaciones debidas a distintas circunstancias empíricas». Expresado de otro modo, también los fenómenos espirituales — entre los que se incluye toda clase de ideas militares— derivados del modo de producción material pueden resultar determinantes en el transcurso de la producción social. Por lo tanto, la guerra como tendencia y ley (producción material) y las ideas relativas a la guerra (producción espiritual) son dos aspectos distinguibles de la producción de relaciones sociales.

Las ideas no surgen de manera espontánea, sino que proceden de otras ideas incluso anteriores al modo de producción capitalista pero que en última instancia han sido refundamentadas por este e influyen por igual a todas las clases sociales; por eso, «dentro de un estado social dominado por la producción capitalista, el productor no capitalista se ve también dominado por las ideas capitalistas». Además, el régimen de producción social requiere ante todo de ciertas ideas políticas que legitiman el Estado, y que actúan como sustancia o fundamento espiritual del resto de fenómenos culturales. Entre ellas, las ideas de *guerra* y *paz* reflejan de forma especialmente directa las tendencias y leyes relativas a la guerra del modo de producción material; es decir, estas ideas existen como importantes fuerzas sociales solamente porque sobre ellas recaen orgánicamente todas las definiciones materiales de la guerra. En esto consiste en esencia la producción espiritual de la guerra y la paz, pese a las apariencias de independencia que lleguen a adoptar ambas ideas. Como se examina a continuación, estas ideas adquieren centralidad en la lucha política al permitir objetivarlas y delimitar así al enemigo y al amigo: se representa a la nación adversaria como hostil o guerrera, al aliado como pacífico, a los ejércitos como belicosos o pacificadores de acuerdo a la necesidad política, etc.

Toda producción sobre el modo de producción capitalista se industrializa progresivamente, y no es menos en el caso de la producción espiritual de la guerra. Esta dispone de incontables trabajadores altamente especializados (entre ellos se cuentan políticos, periodistas, profesores universitarios, asesores estratégicos, analistas de inteligencia, especialistas en comunicación y psicología social, técnicos en tecnologías de la información) y medios de producción específicos (oficinas de prensa, centros de datos, servidores de internet de grandes plataformas, estudios audiovisuales, departamentos y laboratorios de comunicación). Además, la producción espiritual de la guerra depende de diversas y muy distintas ramas (algunas de las cuales se comentan más adelante), entre las que destacan: la ideología de Estado y la educación en clave patriótica, la teoría militar o la diplomacia pública. Los fines de esta producción espiritual son, bien la agitación (la amplia difusión de pocas ideas), bien la propaganda (la difusión de alguna idea de forma pormenorizada); por ejemplo, una canción agitativa puede trasladar a amplias masas de trabajadores la idea de la guerra o la paz mientras que un libro propagandístico sobre estrategia militar permite profundizar en pocas ideas en detrimento del número de lectores.



3.2. LA GUERRA Y LA IDEA DE JUSTICIA

Es importante constatar que la idea de guerra resulta hostil a otras muchas ideas políticas capitalistas, puesto que la guerra —que en su máxima expresión conlleva una violación flagrante de la ley del valor— es *injusta* desde el punto de vista del propio capital: «La justicia de las transacciones que se efectúan entre los agentes de la producción estriba en que estas transacciones brotan de las relaciones de producción como consecuencia natural... Es injusto tan pronto como se halla en contradicción con ellas». La idea de guerra, en consecuencia, se apareja con la *injusticia*, muy especialmente entre las masas populares que han asumido como natural la lógica capitalista, aunque esta circunstancia no parezca tan clara ante los intereses inmediatos del capitalista ni de su séquito particular, lo que explica «la impasividad estoica con que el economista contempla la violación más descarada del “sacrosanto derecho de propiedad” y los más groseros actos de violencia contra las

personas». Para legitimarlo, el capital exige a su ejército de productores de ideas la demostración de «que *killing is not murder* [matar no es asesinato] cuando se hace por la ganancia».

Por lo tanto, la guerra es injusta, y el capital se afana por ocultarlo o camuflarlo; circunstancia que hace de la guerra un medio especialmente idóneo para evidenciar las contradicciones del capital y su clara indiferencia ante sus propios artificios culturales —democracia, derecho, economía política, etc.— cuando su integridad económica está en entredicho. La argumentación bélica del capital, en esencia, se sirve de la *demonización* —verbigracia, por la acusación de terrorismo, narcotráfico, comunismo, nazismo, etc.— y de la *idealización* de determinados sujetos nacionales o internacionales (también obedecen a este propósito las nociones ahistóricas de *imperios buenos y malos*, denominense como se prefiera).

3.3. LA GUERRA Y LOS IDEALES BURGUESES

Los voceros del capital belicoso trabajan para impedir que la guerra eche por tierra dos de sus principales premisas ideológicas: el *contrato social* y el *nacionalismo*. Estos *falsos ideales* representan el fin de la lucha de clases y la consiguiente armonía social al interior de una sociedad burguesa.

Por un lado, la guerra demuestra con auténtica crudeza que el supuesto pacto virtuoso entre gobernantes y gobernados es una falsa apariencia; y lo mismo ocurre con el ideal burgués del derecho internacional entre grandes y pequeños Estados (es decir, igualdad de los Estados ante la ley, libre competencia, etc.). En el fondo, los capitalistas están dispuestos a explotar la vida —y también la muerte— de la clase trabajadora para prevalecer ante sus enemigos económicos y políticos. En una palabra, como advertía Marx, el «*contrato social*» oculta la «explotación y dominio del obrero».

Por otro lado, Marx aborda la cuestión del *nacionalismo* («falsa abstracción») que —según su simple y tajante definición— significa: «considerar

a una nación —cuyo modo de producción [... es] capitalista—, como un cuerpo colectivo que trabaja únicamente para las necesidades nacionales». Los capitales siempre procuran hacer valer sus intereses incluso empleando a los obreros como carne de cañón: «En interés de la llamada riqueza nacional, [el capital] busca medios artificiales para producir la pobreza popular». Más exactamente, «bajo el pretexto de ocuparse solamente de la riqueza de la nación y de los recursos del Estado, en realidad, [los monopolios] promueven los intereses de la clase capitalista y su enriquecimiento como los fines últimos del Estado». Dicho esto, un concepto mínimamente coherente de la guerra capitalista revela la gran verdad de que el nacionalismo envuelve los intereses capitalistas con la apariencia de intereses nacionales; a pesar de ello, un sinfín de confusas e interesadas suposiciones sobre la guerra parten de los pretendidos *intereses comunes* del Estado nacional, con lo cual le hacen el juego al capital al no poner en evidencia las contradicciones del nacionalismo.

3.4. LA TEORÍA MILITAR

Por otro lado, la *teoría militar* de orientación burguesa ha realizado numerosas contribuciones partiendo de las ideas de guerra y paz: el análisis de los distintos niveles de la guerra (estrategia: política y guerra; arte operacional: campaña y batallas; táctica: batalla y combates), el estudio de la interpenetración de ambas ideas en las llamadas *zonas grises* (ni en guerra ni en paz absolutas), la elaboración de doctrinas sobre conflictos híbridos y guerras asimétricas, los procedimientos de disuasión y escalada controlada, el enfrentamiento psicológico con enemigos y aliados, el desarrollo de doctrinas de seguridad nacional, promoción y aplicación de nuevas tecnologías, control de la información y gestión de crisis, etc. La teoría militar burguesa, en primer lugar, ofrece diversos factores explicativos de la guerra que, por lo general, toma como eternos: la geopolítica, la seguridad nacional, los intereses del Estado o del Estado profundo, etc. De este modo, naturaliza la guerra, la trata como algo consustancial a cualquier género de

sociedad humana y, en definitiva, la disocia del modo de producción capitalista. Piénsese en uno u otro país que, por ejemplo, aduzca —sin tan siquiera mencionar el capital— que la guerra se debe a cierta zona de interés especial o seguridad. En segundo lugar, la teoría militar burguesa posee una dimensión técnica, que busca solución a la incógnita de cómo ganar la guerra a partir de determinada información, tropas y medios. Pese al evidente avance en este campo y al aura de invencibilidad que gustan exhibir, históricamente todos los ejércitos y sus técnicas han presentado grandes vulnerabilidades; a este respecto no podemos olvidar que los protocolos técnicos de EE. UU. (en 1979 y 1980) y de la URSS (en 1983) fallaron y estuvieron a punto de provocar el Armagedón nuclear. El marxismo critica por principio la teoría militar burguesa, pero esto no significa otra cosa que debemos fundamentar y apropiarnos de los aspectos racionalizables de sus propuestas.

3.5. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Una legión de obreros —doblegados a sus propios capitalistas o al Estado— producen ideas que transmiten por muy diversos *medios de comunicación* (o distribución), incluyendo tanto los tradicionales (prensa, radio y televisión) como los más modernos. Entre estos últimos, en las últimas décadas, las *redes sociales* han adquirido una inmensa popularidad. Algunas plataformas clave son de todos conocidas, por ejemplo, YouTube, Telegram, Twitter (X), TikTok, VK, etc.; en ellas *supuestos* y *auténticos* expertos dilucidan durante horas sobre la guerra y a cada paso se resbalan con un concepto que son incapaces de articular. Entre innumerables noticias de actualidad, la tempestad de la guerra y del capital alcanza a los nuevos tertulianos, que pese a ello no atinan a descubrir de dónde les sopla el viento exactamente. En no pocas ocasiones, su desorientación resulta clamorosa: «¿no se habrán vuelto todos locos?», «¿es que no podemos de una vez llevarnos todos bien, en paz, con buenas y prósperas relaciones económicas?», «no me fío yo mucho de este candidato, ¿pero cómo no apoyarlo cuando promete acabar con

la guerra y representa una posibilidad de paz?», «¿cómo no privilegiar a un nuevo hegemon de cinco milenios de compromiso pacifista?». Solo un completo desconocedor de la guerra como ley y potencia económica del modo de producción capitalista puede atreverse a plantear estas y otras cuestiones de forma tan insustancial. En definitiva, es inútil preguntar por la esencia del conflicto militar a un tertuliano cuyo pensamiento transita de aquí para allá sin teoría, como la abeja que vuela de flor en flor sin tropezar con ninguna raíz y sin siquiera llegar a concebir su existencia.

Por otro lado, diversas tradiciones de pensamiento político —incluido el marxismo— han evolucionado desde sus formulaciones originales superándose en formas cada vez más elaboradas. De hecho, no resulta extraño que los politólogos contemporáneos renuncien a las pretensiones simplificadoras de sus precursores e incluso reconozcan la centralidad de la economía... ¿pero acaso es esto suficiente? Porque, en realidad, no se trata de superar el reduccionismo geográfico o estatal apelando a la

adherencia a cualquier doctrina vulgar de economía; por el contrario, de lo único de lo que se trata es de establecer un *concepto*, un fundamento al que agarrarse y del cual derivar las determinaciones más esenciales de la lucha de clases y de la formación social. Y la economía vulgar, entendida como una adición externa a una teoría de por sí carente de sustancia, está lejos satisfacer esta exigencia, por mucho que permita analizar la superficie de los eventos que se suceden en el día a día. Por su parte, el marxismo, si ciertamente ha encontrado en la producción material del capital la clave para entender la sociedad moderna, debe exigirse la fundamentación y apropiación de los contenidos verdaderamente racionales de las mencionadas disciplinas políticas y militares, y para ello es necesario en primer lugar identificar qué aspectos de la producción material capitalista determinan las relaciones internacionales y en específico la guerra.

3.6. LA IDEA DE GUERRA Y LA CLASE OBRERA

Otro aspecto especialmente notable de las ideas de guerra y paz para la lucha de clases es su adopción por la clase obrera: Por un lado, la tensa situación internacional —unida al auge de los medios de comunicación alternativos, especialmente las redes sociales— ha hecho aumentar el interés de los trabajadores por cuestiones internacionales, lo que les permite palpar las profundas contradicciones monopolistas de nuestros días. Por otro lado, la moda de la geopolítica y la política realista —y corrientes similares— se manifiesta entre las masas de trabajadores, principalmente, como una perversión de ese interés por la guerra internacional de clases, haciendo que un trabajador cualquiera crea que la palabra *geopolítica* hace alusión a un mero conflicto entre Estados, uno de los cuales virtualmente le pertenece, promoviéndose así un peligroso nacionalismo.

Cabe concluir que en la crítica de la guerra, debemos tachar a los marxistas —como al autor de este artículo— que apenas rascan su producción social: no basta con mencionar el fundamento material (y algunas consideraciones culturales) sin enraizar los problemas concretos de las guerras particulares en él. Ahora bien, solo la definición de la guerra en términos materiales nos permitirá escapar del laberinto de las verdades unilaterales en el que se encuentran perdidos tanto los comentaristas profesionales de la actualidad militar como la mayoría de los obreros a quienes acecha el insaciable Minotauro de la guerra. Es preciso atrapar y aferrarse al concepto de la producción material capitalista, ya que representa la única verdad abstracta que puede concretarse hasta explicar tal o cual guerra capitalista. En término, el presente tipo de investigación es solo un primer paso que ha de preparar el ascenso teórico a las guerras concretas; además, a esta empresa contribuyen obras de este mismo número así como de otras publicaciones comunistas.

¡Todos defienden Petrogrado!

Российская Социалистическая Федеративная Советская Республика.

„Пролетарият всех стран, соединяйтесь!“

ВРАГ У ВОРОТ!!!



**ВСЕ НА ЗАЩИТУ
ПЕТРОГРАДА**

¡El enemigo está a las puertas!



Derecho a resistir, Rubén Hervás, 2024.

Mi triste ciudad el día de la ocupación sionista

يوم رأينا الموت والخيانة
تراجع المدُّ
وأغلقت نوافذ السماء
وأمسكت أنفاسها المدينة
يوم اندحار الموج، يوم أسلمت
بشاعة القيعان للضياء وجهها
ترمد الرجاء
واختنقت بغصة البلاء
مدينتي الحزينة

El día en que conocimos la muerte y la traición,
se hizo atrás la marea,
las ventanas del cielo se cerraron,
y la ciudad contuvo sus alientos.

El día del repliegue de las olas; el día
en que la pasión abominable se destapara el rostro,
se redujo a cenizas la esperanza,
y mi triste ciudad se asfixió
al tragarse la pena.

Sin ecos y sin rastros,
los niños, las canciones, se perdieron.
Desnuda, con los pies ensangrentados,
la tristeza se arrastra en mi ciudad;
el silencio domina mi ciudad,
un silencio plantado como monte,
oscuro como noche;
un terrible silencio, que transporta
el peso de la muerte y la derrota.

¡Ay, mi triste ciudad enmudecida!
¿Pueden así quemarse los frutos y las mieses,
en tiempo de cosecha?

¡Doloroso final del recorrido!

اختفت الأطفال والأغاني
لا ظلّ، لا صدى
والحزن في مدينتي يدبُّ عاريًا
مخضّب الخطى
،والصمت في مدينتي
،الصمت كالجبال رابض
- كالليل غامض، الصمت فاجع
محمل
بوطة الموت وبالهزيمة
أواه يا مدينتي الصامتة الحزينة
أهكذا في موسم القطاف
تحترق الغلال والثمار ؟
!أواه يا نهاية المطاف

Contra la guerra imperialista

V. I. LENIN

Selección de textos (1907 – 1922)



LEER A LENIN EN TIEMPOS DE GUERRA

JAVIER MARTÍN E IVÁN ÁLVAREZ
(EDICIONES TINTA ROJA)

Ediciones Tinta Roja hemos reeditado en 2025 *Contra la guerra imperialista*, una recopilación de textos escritos por V. I. Lenin entre 1907 y 1922, publicada originalmente por la editorial soviética Progreso en el año 1967, y reeditada en 1979. Conviene señalar, arrojando luz sobre la intrahistoria editorial, que se pusieron en común otras opciones como *La bancarrota de la II Internacional*, también de Lenin, o una selección de escritos de Karl Liebknecht –el cual está presente en un llamamiento previo a la portadilla de la edición final–. Con esto queremos decir que en Tinta Roja teníamos claro que la guerra imperialista y el auge belicista debían ser temas abordados por la editorial. Se optó finalmente por recuperar *Contra la guerra imperialista* por la riqueza, amplitud y conveniencia de sus escritos, contando que entre los cuales se encuentra precisamente un fragmento de *La Bancarrota de la II Internacional*.

Cierra Christopher Clark su fantástico libro *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914* con unas líneas donde se describe a los estadistas y dirigentes políticos de 1914 como «sonámbulos, vigilantes pero ciegos, angustiados por los sueños, pero inconscientes ante la realidad del horror que estaban a punto de traer al mundo». Con nuestra publicación se busca apelar a los sectores más avanzados de la clase obrera, precisamente para que estos no actúen como sonámbulos, para dotarles de las herramientas teóricas e históricas que permitan comprender y afrontar de manera consciente los retos políticos que se nos presentan en estos tiempos de creciente belicismo y auge reaccionario. Con ese fin, se incorporó al libro un estudio de más de una treintena de páginas esbozando una teoría del imperialismo contemporáneo, tomando como piedra de toque la propia obra de Lenin.

I. EL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO

Nuestro estudio presenta, en primer lugar, las líneas maestras de la teoría leninista del imperialismo, tan tergiversada y deshonestamente criticada. Partiendo de la definición canónica brindada por Lenin, se van desarrollando las determinaciones políticas del imperialismo, la primera de las cuales es la conformación de los monopolios. El monopolio, tal como es planteado por Lenin,¹ implica la generalización de las empresas combinadas que van incorporando a su actividad todo tipo de ramas y sectores productivos, desbordando a su vez los marcos nacionales y desplegando sus contradicciones a escala global. El monopolio, resultado de la centralización de capitales, penetra en cada vez más ámbitos de la vida social y, al estar vinculado con procesos de estancamiento y crisis, estrangula los márgenes y posibilidades «progresistas» del capitalismo. Conviene señalar que la categoría de monopolio, tal como va siendo desarrollada por Lenin, tiene plena continuidad con los trabajos previos de Marx y Engels y no elimina en ningún momento la competencia como mecanismo constitutivo del modo de producción capitalista, pues afirma que «bajo el capitalismo el monopolio no puede nunca eliminar del mercado mundial de un modo completo y por un periodo muy prolongado la competencia».

En segundo lugar, y utilizando como marco la metáfora de una pirámide, el sistema imperialista mundial se nos presenta como una totalidad que incorpora a todos los países del globo. Por supuesto, esto no quiere decir que todos los países sean «imperialistas», pero sí que están sujetos a las dinámicas del imperialismo. Las clases de todos los países están sujetas a unas mismas determinaciones inherentes al modo de producción capitalista, sin que esto niegue las particularidades y las condiciones específicas de cada sociedad política.

Debemos tener siempre presente que, aunque hablemos de países por convención, nos estamos refiriendo siempre a clases sociales. La base del sistema es la competencia por las ganancias que surgen de la explotación a escala global. Los países no explotan; explotan unas clases sociales a otras en un marco estatal o institucional supraestatal concreto. Claro está que la pirámide implica una base amplia de países de los que fluye plusvalor, hacia una cúspide copada por unas pocas potencias económicas y militares que, desde hace más de un siglo, vienen siendo prácticamente las mismas. Es decir, si bien en ocasiones se ha impugnado la teoría de la pirámide por «igualar» a todos los países, lo cierto es que esta reconoce diferencias cualitativas entre los diferentes eslabones de la estructura: países que aportan materias primas al mercado mundial o amplia base agraria, países que aportan masas obreras baratas dedicadas al montaje, países que ofrecen ventajas de «fiscalidad creativa», o comercio e inmenso sector terciario, países con industrias intensivas en capital, etc.

El camarada Lenin está barriendo la escoria de la Tierra, V. Deni.



De esta forma se constituye una *interdependencia desigual* entre los diferentes países del mundo. *Interdependencia*, dado que las cadenas de valor internacional desplegadas por los monopolios, a la par que centralizan y concentran intereses de capitalistas diversos, descentralizan la administración, diversifican los procesos productivos, las rutas de escala y las estructuras de gestión. Un teléfono móvil montado en China y enviado por barco a Estados Unidos incorpora componentes importados de Corea, Japón o Taiwán, siendo estos fabricados con materias primas extraídas de decenas de países diferentes por compañías mineras, a su vez, de otros tantos países.² *Desigual*, porque se va constituyendo una jerarquía entre los países. La transferencia de valor de la periferia a las economías más desarrolladas a través del intercambio desigual en el comercio se debe, principalmente, a diferencias de productividad y superioridad tecnológica. Estas diferencias se sostienen a través de todo tipo de mecanismos «extraeconómicos», como las intervenciones militares, las sanciones,

los golpes de mano judiciales, etc., y de ahí la confusión –o tergiversación– de rebajar el imperialismo a la mera política internacional, generalmente agresiva, de los países dominantes.

Partiendo de estas líneas generalísimas como marco teórico se analiza la coyuntura actual en términos concretos. Las tensiones interimperialistas de nuestra era, que pueden desembocar en grandes conflictos militares, pivotan sobre varios problemas derivados de los propios fundamentos de la sociedad capitalista. Esta aseveración ya tiene un componente crítico, que por sí mismo niega otras explicaciones posibles, como que las guerras son provocadas por los sectores más reaccionarios de la sociedad, o que son fruto de las malas intenciones de tiranos con complejo de emperador, y otras ideas similares que circulan entre la opinión pública. Tal como planteamos en nuestro estudio introductorio a *Contra la guerra imperialista*, el régimen imperialista de nuestra época se caracteriza por la paralización de salarios, la caída de



¹ El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes (Lenin, V. I., «El imperialismo, fase superior del capitalismo», en *Obras Completas*, vol. XXVII, Progreso, p. 406.)

² Es muy ilustrativo el primer capítulo del libro *Las guerras comerciales son guerras de clases*, de Michael Pettis y Matthew C. Klein, editado por Capitán Swing, 2022.

la participación del trabajo en los ingresos globales, y el estancamiento en los crecimientos de productividad y de la rentabilidad del capital. Todos estos procesos radican en las leyes de movimiento de la sociedad capitalista, tal cual fueron expuestas por Karl Marx en *El Capital*. Dicho en menos palabras: existe un problema para asalarizar a la fuerza de trabajo, y otro problema para convertir el dinero en capital.

Este imperialismo en declive, a su vez sacudido por la emergencia de nuevas potencias competidoras en la cúspide de la pirámide, exige un recrudecimiento de la explotación de la clase obrera, de la desposesión de cada vez mayores sectores de población marginada y excedente azuzada con discursos reaccionarios y xenófobos, como también debe recrudecer la apropiación ciega de la riqueza natural. Todo ello en un marco internacional cada vez más tenso; menos botín para más saqueadores.

El historiador Donald Sassoon, en su libro *Síntomas mórbidos* (Crítica, 2020), analiza el retroceso electoral y programático de la socialdemocracia en las últimas décadas. En su exposición se hace un buen repaso de la historia reciente de algunos de los partidos socialdemócratas más importantes de Occidente, pero no se termina de explicar a qué se debe la *derechización* del escenario político. Sassoon, al igual que el grueso de los intelectuales oficiosos de izquierdas, parece ubicar el problema en corrupciones ideológicas, oportunismo político o traiciones; y de ahí que la alternativa sean constantes reinversiones discursivas, refritos organizativos y farsas inconscientes de las tragedias precedentes. En nuestra introducción a *Contra la guerra imperialista* se sitúa el problema en el agotamiento del *boom* de posguerra sobre el que se sustentó la Edad Dorada del capitalismo y la realización de los grandes programas keynesianos. Quebrado el sistema de Breton Woods, reconvertidas industrialmente, endeudadas y terciarizadas las principales economías del planeta, las organizaciones de clase tradicionales perdieron el entramado social que las sostenía. La caída de la Unión Soviética y el triunfo de las llamadas «políticas neoliberales» fueron los últimos clavos en el ataúd de un capitalismo «progresista».

Ante esta coyuntura *mórbida*, siguiendo la metáfora de Sassoon, los Estados han cobrado gran protagonismo. El *capitalista colectivo ideal*, tal como definió Engels al Estado que se erige por encima de las contradicciones sociales y los atentados de los capitalistas individuales, es el gendarme que puede poner orden ante las revueltas de las cada vez mayores capas de marginados y explotados. Es también el legislador que sanciona los mecanismos de opresión de clase más diversos. El Estado es a su vez el avalista que subvenciona, dirige y cubre las inversiones y las pérdidas de los grandes monopolios. Y este capitalista colectivo ideal es, por supuesto, la espada desenvainada que asegura rutas comerciales, disputa el territorio, derriba gobiernos incómodos y nos forzarán a marchar al son de los tambores de guerra.



II. LENIN Y LOS BOLCHEVIQUES ANTE LA GUERRA

Contra la guerra imperialista tiene la virtud de reflejar la postura leninista y bolchevique en diferentes momentos. Los primeros escritos de la recopilación son documentos y discursos previos a la Gran Guerra, y ya aquí se nos plantean problemas que a los militantes contemporáneos nos resultan familiares. En el artículo «El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart» (1907) Lenin pone en valor unas enmiendas planteadas por Rosa Luxemburgo y los socialdemócratas rusos (a la sazón socialistas) y que tienen gran valor, pues asienta el criterio fundamental de la lucha de clases a la hora de afrontar un escenario belicista como antesala de una guerra imperialista: 1) dar cuenta del militarismo como uno de los principales mecanismos de opresión de clase, de encuadramiento de las masas en torno al Estado y los objetivos de la clase burguesa; 2) la agitación entre la juventud, principal carne de cañón; y 3) enfatizar en la crisis provocada por la guerra, su importancia en la lucha por el poder político.

¿No son estas las tareas que debemos abordar los comunistas cien años después? Téngase presente que en los últimos treinta años ha habido una gran concentración de conflictos en todo el espacio que bordea las áreas de influencia de Rusia y China: Europa del Este, Oriente Próximo, Oriente Medio y Asia Central. Dos de las zonas más tensionadas en el momento en que son escritas estas líneas se ubican ahí, Ucrania y Palestina, implicando a potencias con arsenales nucleares. Hoy vemos cómo entre la juventud prolifera el discurso nacionalista y xenófobo, se agudiza el compromiso con ideas reaccionarias en torno a esencias culturales y étnicas, se glorifica el pasado imperial de las viejas potencias coloniales y se justifican las agresiones y ofensivas imperialistas con base en la deshumanización de los invadidos y la extensión de ideales

supuestamente más civilizados. A finales de agosto de 2025 Alemania aprobó un proyecto de ley para modernizar su ejército, el cual incluía un servicio militar voluntario que, en caso de no fructificar, pudiera convertirse en obligatorio. De la misma forma, el número de reservistas operativos en Francia se ha duplicado en la última década. En Reino Unido también se ha impulsado el refuerzo de la reserva y fórmulas similares han ido implementando otros países de Europa, sumado a aquellos en los que el servicio militar nunca fue suspendido.

En esta línea, y tomando como referencia el artículo «El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia» (1908), Lenin se reafirma en una de las ideas previas, a saber: no solo se trata de denunciar el carácter clasista del belicismo y el chovinismo, sino también organizar a la juventud, a los reclutas. La lucha de clases se da también en los cuarteles, en los barracones. En las últimas décadas, con la suspensión de los servicios militares y las conscripciones se han constituido ejércitos profesionales altamente ideologizados en cuyo seno la intervención política de las organizaciones comunistas se antojaba altamente difícil. Hoy esa situación está cambiando, y es una tarea de los revolucionarios el plantearse la táctica que debe desplegarse entre la tropa y los reclutas de cara a socavar el poder de los gobiernos propios.

Juramento, Fotografía de Aleksandr Rodchenko, 1935.



III. LENIN Y LOS BOLCHEVIQUES DURANTE LA GUERRA

El grueso de los textos recogidos en *Contra la guerra imperialista* nos remiten a los años 1914-1918, es decir, la Primera Guerra Mundial. Las líneas maestras de la corriente bolchevique están esbozadas en artículos como «Tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea» o el folleto «El socialismo y la guerra».

En este último destaca el esfuerzo por ubicar las guerras sobre una estructura de competencia imperialista, frente a concepciones subjetivistas e idealistas, como hemos venido señalando previamente. La Gran Guerra no fue una guerra entre el liberalismo y el autoritarismo, o entre los pueblos civilizados frente a los bárbaros; fue la política (por otros medios, violentos) de competencia entre imperios por el reparto del mundo, y el saqueo de las colonias. Esta reflexión, que se nos presenta a los comunistas como intuitivamente cierta, demasiado evidente, es enterrada bajo cascotes de oportunismo en la actualidad. Mientras que el oportunismo que supuso la bancarrota de la II Internacional consistía, fundamentalmente, en el cierre de filas socialchovinista en torno al «gobierno propio» y la vinculación del movimiento obrero con los intereses de la burguesía y los monopolios nacionales, en la actualidad consiste, en el plano teórico, en la subordinación del movimiento revolucionario a los intereses de las potencias de segundo orden, de las potencias emergentes, y en el abandono del movimiento obrero realmente existente por estar «corrompido» por la aristocracia obrera, reduciéndolo en el mejor de los casos en asistente solidario de los procesos contra el «neocolonialismo». Así pues, los programas capitalistas de la India, China o Rusia se entienden como estrictamente «reactivos» al hegemon, sus intereses geopolíticos no serían tan «mezquinos» como los del imperialismo anglosajón y, además, son los aliados naturales de los gobiernos antiimperialistas de África, Asia o Sudamérica. Hemos señalado que esta posición se da en el plano teórico porque una parte de este

oportunismo, aquel más abiertamente reformista, no duda en matizar, cambiar y adaptar dicho planteamiento cuando ocupa posiciones de gobierno o institucionales para hacerlo soluble y coordinable con los intereses capitalistas de su burguesía y de su correspondiente bloque burgués.

El mundo multipolar es un orden internacional más «sano», nos dicen los oportunistas contemporáneos. Desde luego, sería absurdo negar las posibilidades revolucionarias y de acción política, los nuevos escenarios abiertos, por los movimientos dados en la recomposición de la pirámide imperialista. Sería absurdo que el proletariado francés, por ejemplo, no estuviera atento y actuara en consecuencia ante la pérdida de influencia y bases de poder de «su burguesía nacional» en el Sahel o en el norte de África. El problema es cuando esa táctica revolucionaria está subordinada a los intereses de China o Rusia, cuando se aplaude la extensión del «mal menor», del «imperialismo menos agresivo» (el *soft power* como se denomina clínicamente). Cómo se troca ese proceso antiimperialista en construcción de proyecto revolucionario y por qué Rusia o China no tratarían de impedirlo en sus nuevas áreas de influencia es lo que falta explicar. Y cabe hacerse una pregunta, tal vez de respuesta dolorosa para los multipolaristas: ¿no era multipolar también el orden previo a la Primera Guerra Mundial?

En segundo lugar, y estrechamente vinculado con lo expuesto hasta aquí, la línea maestra de la corriente bolchevique es la relación de la guerra con la conquista del poder. En «La guerra y la revolución» Lenin establece la conexión esencial entre la lucha contra la guerra y la revolución socialista. No es posible parar la guerra con manifestos, con protestas y proclamas, la guerra tiene dos salidas: la paz impuesta a los vencidos, tras cobrarse millones de víctimas, nuevos repartos del mundo; o la revolución proletaria. Ahí radica

la apuesta organizativa de los comunistas contra la guerra, la mejor lucha contra las guerras y las tensiones interimperialistas es a través de la organización y la lucha por el poder político. Una lucha que implica a la clase obrera a escala internacional, una clase que es explotada precisamente en un plano universal, clase contra clase, trascendiendo fronteras. Y este principio internacionalista no puede ser reducido a un ejercicio de solidaridad o a muestras de una determinada ética pacifista entre los pueblos, sino que es un programa político predispuesto precisamente por la interdependencia que atraviesa a todo el sistema imperialista. Las cadenas de valor internacionales establecen intereses *objetivos* y posibilitan precisamente la acción conjunta, el establecimiento de un programa socialista que desborde toda forma de estrechez nacional.



IV. ÚLTIMOS TEXTOS Y CONCLUSIÓN

Se cierra la edición con los escritos relativos a la universalización de los principios marxistas en torno a la guerra imperialista a través de la plataforma rejuvenecida de la Internacional, y con los debates en torno a la salida del naciente Estado soviético de la Primera Guerra Mundial.

Respecto a estos últimos, los discursos y artículos de Lenin, defensor de necesidad de firmar una «paz vergonzante» con Alemania frente a los defensores de la guerra revolucionaria, permiten comprender las condiciones extremadamente difíciles a las que tuvo que enfrentarse el poder soviético, así como el afinado pensamiento dialéctico, esto es, concreto, del líder bolchevique. El 3 de marzo de 1918, en la ciudad de Brest-Litovsk, fue suscrito el Tratado de Paz de la Rusia Soviética con Alemania y sus aliados, a pesar de la aceptación de unas condiciones expoliadoras y onerosas, aquella decisión final permitió, como planteaba Lenin, que sobreviviera el niño recién nacido, la República socialista. Hay una claridad, pese a la situación de riesgo bélico y de indignación moral, en Lenin que permite extraer lecciones evidentes sobre el peligro del izquierdismo y el maximalismo, y sobre la importancia de comprender adecuadamente la política revolucionaria en torno a los compromisos.

El tratado de Brest-Litovsk puede parecer algo muy lejano a nuestros tiempos y nuestra realidad. Efectivamente, y por desgracia, debatir sobre estas cuestiones desde el poder está lejos de las perspectivas actuales del proletariado, pero eso no le resta valor al fondo teórico y político de los asuntos, pues sus mismas lógicas se expresan en otros fenómenos de actualidad. Comprender que la actitud revolucionaria es aquella que, frente a la abstracción moralista que acaba convirtiéndose en derrotismo o parálisis en los momentos decisivos, es capaz de localizar y actuar sobre el problema central y concreto de cada momento partiendo de su justa relación con una totalidad en perpetuo movimiento, sigue siendo esencial, por ejemplo, para que la superación política de la socialdemocracia no lleve a pendular hacia posiciones que, en lo superficial, parecen antagónicas, pero que en realidad reproducen los mismos fundamentos.

Con respecto a los textos desde y sobre la Internacional Comunista, su importancia radica en la importancia que otorga Lenin a que la nueva práctica política y estrategia mundial unificada del proletariado revolucionario se construya sobre la base de una correcta apreciación de la época histórica, es decir, del capitalismo monopolista, del imperialismo. Solo la correcta caracterización de esta fase histórica y sus leyes cinéticas, además, permite comprender en un sentido materialista el fenómeno del oportunismo, y superarlo por tanto no en apariencia, no retóricamente, sino de manera efectiva. Sus palabras, unos cuantos años antes de la fundación de la Komintern, reverberan en el presente con potencia:

La Internacional proletaria no ha perecido ni perecerá. Las masas obreras crearán la nueva Internacional por encima de todos los obstáculos. El actual triunfo del oportunismo es efímero. Cuanto mayor sea el número de víctimas causadas por la guerra, tanto más clara estará para las masas obreras la traición de los oportunistas a la causa obrera y la necesidad de volver las armas contra los gobiernos y la burguesía de cada país.

Ediciones Tinta Roja, como editorial militante que somos, esperamos que la reedición de esta importante obra contribuya a dotar a las nuevas generaciones obreras del arma de la crítica necesaria para que, frente a la rapiña y el belicismo imperialista, nuestra clase vuelva a ejercitar la crítica de las armas.

cerrar el paso



al fascismo

MEMORIA INTERNACIONALISTA

ENTREVISTA A LA ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

POR LU BARCENILLA

La Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales nace en 1995 con el fin de mantener viva la memoria de los brigadistas. Es un placer poder contar con vuestra participación en este número de *Para la voz*, dedicado al estudio del imperialismo y a la defensa del internacionalismo, del cual las Brigadas Internacionales fueron una gran expresión. Explicadnos, para quienes aún no conozcan vuestra labor, cómo surge la AABI y cuál ha sido su trayectoria en estos treinta años.

La AABI nació hace ya 30 años con el objetivo de preservar la memoria de las Brigadas Internacionales, organizando, en primer lugar, un gran homenaje a las mismas en diferentes ciudades del país en el que sería, en aquel momento, el 60 aniversario de su formación, al que acudieron varias decenas de luchadores internacionalistas y, para poder dar, como prometió Juan Negrín en su discurso en uno de los actos de despedida, la ciudadanía española a todos aquellos Voluntarios de la Libertad: «El Gobierno de la República reconocerá y reconoce a los internacionales, que tan brevemente han luchado con nosotros que ya pueden decirse son connaturales nuestros, el derecho a reclamar, una vez terminada la guerra, la ciudadanía española. ¡Con ello nos honraremos todos! Buen camino, hermanos internacionales...».

Desde entonces, el trabajo de la AABI se centra en preservar y difundir la historia y la memoria de las Brigadas Internacionales, investigando y publicando libros y documentales, organizando exposiciones o el Archivo de la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales, llevando a cabo actividades anuales de diferente calado como las Marchas del Jarama y de Brunete, erigiendo monumentos y placas, o colaborando con diferentes instituciones y asociaciones en cualquier evento que tenga que ver con nuestro trabajo, entre otras muchas cuestiones.

Y en la actualidad, ¿qué actividades realizáis y cómo puede alguien interesado colaborar con vosotros?

Además de las actividades que se organizan anualmente o puntualmente, y que se pueden ver anunciadas en nuestra página web y redes sociales, dos de nuestros principales trabajos que más tiempo nos han llevado en los últimos meses, han sido la búsqueda de la fosa común donde se arrojaron los cuerpos los de los 451 brigadistas profanados del que fuera oficialmente el Cementerio de las Brigadas Internacionales, a las afueras de Madrid, en Fuencarral, y la búsqueda de información e investigación de historias biográficas de brigadistas para que los descendientes que lo pidan, desde diferentes parte del mundo, puedan obtener la nacionalidad española, como recoge la Ley de Memoria Democrática. De esta forma podemos honrar su legado y cumplir con ese cometido por el que surgió nuestra asociación.

Es importante así, para que sea posible todo el trabajo que realizan los socios y la Junta de la AABI de forma voluntaria, en la organización de estos eventos o el mantenimiento del local, la colaboración de todo aquel que esté interesado en las Brigadas Internacionales, ya sea difundiendo los eventos y asistiendo a los mismos, colaborado

con la compra de materiales en venta o haciéndose socio de la AABI a través de la propia web.

Es conocida la dificultad burocrática existente en España a la hora de buscar los restos de las decenas de miles de personas que, asesinadas y fusiladas, fueron enterradas en fosas comunes. Durante la guerra, en torno a diez mil brigadistas murieron combatiendo el fascismo, y muchos de ellos siguen todavía desaparecidos. ¿Cuál es el estado actual de la búsqueda de sus restos?

Desde hace unos diez años se han llevado a cabo algunos proyectos de exhumación de brigadistas, siempre impulsados por la sociedad civil, tratándose siempre de pequeños números. Aunque hay dos excepciones, uno el proyecto de Alvah Bessie de la Generalitat de Catalunya, centrado en la batalla del Ebro, y el otro, el intento de localización de los restos de los brigadistas del Cementerio de Fuencarral, financiado directamente por la Secretaría de Estado de Memoria Democrática, siendo la primera vez que el Estado central interviene en un proyecto de estas características.

En este último caso, sobre la búsqueda de los cuerpos de los 451 brigadistas, hemos encontrado multitud de limitaciones y frenos para poder llevar a cabo el proyecto, principalmente por el lado del Ayuntamiento de Madrid, que ha negado por completo la existencia de la propia fosa común, a pesar de todas las evidencias, fuentes históricas y documentales presentadas, poniendo trabas burocráticas y de tiempo para el desarrollo de la búsqueda, y por los recursos limitados para la excavación por parte del gobierno central, a pesar de impulsar el proyecto a través de la Ley de Memoria Democrática. Actualmente el proyecto se encuentra parado debido a que las primeras excavaciones no resultaron exitosas en la búsqueda, aunque esperamos que se pueda retomar.



Monumento a las Brigadas Internacionales en Caspe (Aragón), inaugurado por el 80 aniversario de la batalla de Caspe, que tuvo lugar entre el 14 y el 29 marzo 1938.

A pesar de todo, un amplio espectro político reconoce, al menos de palabra, que las Brigadas Internacionales fueron y siguen siendo uno de los mayores ejemplos de internacionalismo. Sin embargo, en muchas ocasiones se ignora el papel esencial que tuvo la Internacional Comunista en el surgimiento y desarrollo de las Brigadas. ¿Podríais explicarnos brevemente su historia y el papel que jugó la Internacional?

La Internacional Comunista llevó a cabo el papel de canalizar, estimular y organizar un fenómeno de masas que se venía produciendo previamente a su propia formación, cuando el 18 de septiembre de 1936 el Presídium de la Internacional Comunista se reunió para ayudar militarmente a la República, después de que las potencias nazi-fascistas de Alemania e Italia ayudaran a los golpistas. Aunque el nacimiento oficial se sitúa el 22 de octubre, cuando Largo Caballero como Presidente del Gobierno de la República española y ministro de la Guerra, aprueba el decreto que autorizaba su formación.

Aunque ese fenómeno de masas de lo que suponía el internacionalismo ya se empezó a dar en cuanto se produjo el golpe de Estado del 18 de julio, cuando los atletas y numerosos extranjeros, muchos de ellos judíos que habían huido del nazismo, junto a refugiados políticos, que se encontraban en España para participar en la Olimpiada Popular de Barcelona como alternativa a los Juegos Olímpicos de Berlín, se sumaron a las columnas milicianas que respondieron rápidamente a la intentona golpista.

Durante el verano y otoño surgieron así multitud de iniciativas individuales y comités de apoyo a la República, en un momento en el que España era el primer dique de contención del fascismo europeo. Así, ese espíritu internacionalista fue canalizado por la Internacional Comunista para proponer un cuerpo de voluntarios al servicio de la República española, coordinando tanto su reclutamiento como su formación en forma de unidades militares, dotándolo de una organización logística, el esfuerzo financiero requerido y de cuadros directivos. La composición social y política de las Brigadas era heterogénea, conformada por voluntarios antifascistas y en muchos casos antimilitaristas, aunque una representación importante de sus miembros era militante de los Partidos Comunistas, así como sus principales cuadros.

En ese sentido, el PCE, sección española de la Internacional Comunista, jugó un rol central en la guerra no solo con la creación del Quinto Regimiento y su apuesta por la profesionalización del Ejército Popular, sino que también tuvo un papel fundamental en la organización y promoción de las Brigadas Internacionales. ¿Puedes contarnos un poco más sobre esta cuestión?

Los Partidos Comunistas tuvieron un rol central en la organización de las Brigadas Internacionales y el enrolamiento de los brigadistas. En España se integraron dentro del Ejército Popular español, y al igual que el Quinto Regimiento, impulsado por el PCE, las Brigadas fueron una escuela de formación de los cuadros del Ejército. La toma de decisiones relativas a la organización, los mandos y la formación de nuevas unidades internacionales con sus respectivos puestos de mando obligaba a que, por ejemplo, Luigi Longo, apodado Gallo, estuviera en contacto constante con los representantes de los diferentes Partidos Comunistas y, sobre todo, con la Comisión Política del PCE para los asuntos de las Brigadas Internacionales.



Arriba, un cartel de las Brigadas Internacionales, abajo, la fotografía en la que se inspiró.

Diseño de bandera para las Brigadas Internacionales, André Masson, 1936.



Tras su disolución, muchos brigadistas fueron recibidos hostilmente por sus gobiernos. En Francia, muchos terminaron en campos de concentración junto a los refugiados republicanos; en Inglaterra, procesados por participación en conflictos extranjeros; y en Estados Unidos, fichados como sospechosos y perseguidos durante la Guerra Fría. Cuéntanos un poco más sobre esto.

Efectivamente, los brigadistas fueron perseguidos y maltratados en muchos casos, tanto en el contexto de la II Guerra Mundial, donde más de 6.000 brigadistas atravesaron la frontera francesa en los primeros días de febrero de 1939, acabando en los campos de concentración junto a miles de españoles, civiles y militares, donde no había ningún tipo de salubridad ni abastecimiento, y fueron considerados como los prisioneros más peligrosos. Otros brigadistas fueron deportados a los campos de Argelia. A pesar de su difícil situación, la mayoría de brigadistas que sobrevivieron a la guerra de España, jugaron un papel fundamental en las resistencias y luchas partisanas en los diferentes países de Europa, en la lucha contra el fascismo europeo que continuaba. Destacando, por ejemplo, en la liberación de Yugoslavia. De los 350 brigadistas que llegan a Yugoslavia, 200 cayeron luchando, pero siendo parte central del Ejército Popular de Liberación y dirigiendo grupos del Ejército Partisano a partir de sus cuadros comunistas.

Por otro lado, tras acabar la guerra, en el contexto de la guerra fría, los brigadistas tampoco tuvieron una vida fácil en los países occidentales, que eran observados con desconfianza. Justamente hace unas semanas nos llegaba el contacto de un periodista holandés que nos informaba como durante la década de 1960, los Países Bajos pidió información a la policía franquista sobre algunos brigadistas holandeses que habían luchado en España, para perseguirlos y acusarles de ser comunistas y agentes soviéticos.

En conclusión, los brigadistas vivieron dos realidades. En los países socialistas, mientras que la mayoría fueron honrados por su lucha y aportaron a la conformación del nuevo Estado socialista, también es cierto que algunos fueron recibidos con cierta sospecha sobre su etapa española, por aquello que llamaron «cosmopolitismo». Por otro lado, en los países capitalistas tuvieron que sufrir el estigma de ser enemigos comunistas por haber luchado en la guerra de España, sobre todo en las décadas de la guerra fría. En Estados Unidos sufrieron los juicios de la caza de brujas del senador McCarthy, cárceles o la reducción de derechos políticos, como en Suiza o Países Bajos.

No quisiéramos cerrar esta entrevista sin mirar al presente. La guerra imperialista es hoy una realidad que se encuentra a las puertas de Europa; en Palestina, el Estado de Israel continúa con el genocidio ante los ojos del mundo entero y con la complicidad de la «comunidad internacional»; y las grandes potencias, en general, se enredan en una preocupante espiral belicista. Vivimos en una época en la que, como diría Lenin, se militariza la economía, la política y la sociedad. ¿Qué lecciones podemos extraer para nuestros días de la experiencia de las Brigadas y de la Internacional?

Vivimos en una época en la que la reacción y las ideas militaristas que asolaron el mundo hace un siglo, han vuelto a dominar la sociedad, con un aumento constante de las guerras y el militarismo. Y justamente fueron las Brigadas Internacionales, las que bajo la idea de solidaridad y fraternidad entre iguales, en su lucha antifascista e internacionalista, encarnaban también la lucha antimilitarista. Aunque la capacidad de respuesta ante la misma no sea similar ante dicha situación, sus ideas y ejemplo deben perseverar ante el mundo como un faro de luz de lo que supuso el mayor ejemplo de internacionalismo de la historia.

Las Brigadas ya demostraron que la lucha solidaria por un mundo más libre y justo no entiende de fronteras y que fueron precisamente las fuerzas republicanas y de izquierdas las que organizaron el boicot a la celebración de las Olimpiadas en suelo nazi, mientras que el mundo se plegaba a los mismos, que la solidaridad contra el genocidio judío en los años treinta se llevó a cabo desde el lado internacionalista de nuestra trinchera, y así ocurre en la actualidad con el genocidio palestino, donde los pueblos del mundo salen a la calle a defender la paz y la lucha contra el sionismo.

Porque justamente las Brigadas Internacionales fueron esa organización donde voluntarios de todo el mundo se unieron por encima de las diferencias nacionales, escapando de la división nacionalista e imperialista que crean los estados capitalistas.

Queremos, por último, agradecer sinceramente vuestra predisposición y esperamos que esta entrevista sirva para seguir difundiendo vuestro proyecto y vuestra labor.

Queremos agradeceros a vosotros la oportunidad de realizar esta entrevista para darnos voz, mostrar interés por las Brigadas Internacionales y realizar un número sobre algo tan fundamental en el mundo en el que vivimos como es el internacionalismo.





Voluntario del Batallón Thälmann de las Brigadas Internacionales, fotografía de David Seymour, 1936.

Acto de despedida de las Brigadas Internacionales, 25 de octubre de 1938, L'Espluga de Francolí (Tarragona).

Desfile de despedida de las Brigadas Internacionales en Barcelona, fotografía de Robert Capa, 28 de octubre de 1938.

Despedida de las Brigadas Internacionales en Barcelona, octubre de 1938.

El brigadista Walter Benjamin Garland, fotografía de Alec Wainman, 17 de enero de 1937.

Brigadista en el desfile de despedida de las Brigadas Internacionales en Barcelona, octubre de 1938.

Hasta pronto, hermanos

DISCURSO DE LA PASIONARIA A LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Es muy difícil pronunciar unas palabras de despedida dirigidas a los héroes de las Brigadas Internacionales, por lo que son y por lo que representan.

Un sentimiento de angustia, de dolor infinito, sube a nuestras gargantas atenazándolas. Angustia por los que se van, soldados del más alto ideal de redención humana, desterrados de su patria, perseguidos por la tiranía de todos los pueblos.

Dolor por los que se quedan aquí para siempre, fundiéndose con nuestra tierra y viviendo en lo más hondo de nuestro corazón aureolados por el sentimiento de nuestra eterna gratitud.

De todos los pueblos y todas las razas, vinisteis a nosotros como hermanos nuestros, como hijos de la España inmortal, y en los días más duros de nuestra guerra, cuando la capital de la República española se hallaba amenazada, fuisteis vosotros, bravos camaradas de las Brigadas Internacionales, quienes contribuisteis a salvarla con vuestro entusiasmo combativo y vuestro heroísmo y espíritu de sacrificio.

Y Jarama y Guadalajara, y Brunete y Belchite, y Levante y el Ebro cantan con estrofas inmortales el valor, la abnegación, la bravura, la disciplina de los hombres de las Brigadas Internacionales.

Por primera vez en la historia de las luchas de los pueblos se ha dado el espectáculo, asombroso por su grandeza, de la formación de las Brigadas Internacionales para ayudar a salvar la libertad y la independencia de un país amenazado, de nuestra España.

Comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos, hombres de distinto color, de ideología diferente, de religiones antagónicas, pero amando todos ellos profundamente la libertad y la justicia, vinieron a ofrecerse a nosotros incondicionalmente.

Nos lo daban todo; su juventud o su madurez o su experiencia; su sangre y su vida, sus esperanzas y sus anhelos... Y nada nos pedían. Es decir, sí: querían un puesto en la lucha, anhelaban el honor de morir por nosotros.

¡Banderas de España! ¡Salud a tantos héroes, inclinaos ante tantos mártires!

¡Madres! ¡Mujeres! Cuando los años pasen y las heridas de la guerra se vayan restañando; cuando el recuerdo de los días dolorosos y sangrientos se esfume en un presente de libertad, de paz y de bienestar; cuando los rencores se vayan atenuando y el orgullo de la patria libre sea igualmente sentido por todos los españoles, hablad a vuestros hijos; habladles de estos hombres de las Brigadas Internacionales.

Contadles cómo, atravesando mares y montañas, salvando fronteras erizadas de bayonetas, vigiladas por perros rabiosos deseosos de clavar en ellos sus dientes, llegaron a nuestra patria como cruzados de la libertad, a luchar y a morir por la libertad y la independencia de España, amenazadas por el fascismo alemán e italiano. Lo abandonaron todo: cariños, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos y vinieron a nosotros a decirnos: ¡Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España es nuestra misma causa, es la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva.

Hoy se van; muchos, millares, se quedan teniendo como sudario la tierra de España, el recuerdo saturado de honda emoción de todos los españoles.

¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de Estado, la salud de esa misma causa por la cual vosotros ofrecisteis vuestra sangre con generosidad sin límites os hacen volver a vuestras patrias a unos, a la forzada emigración a otros. Podéis marcharos orgullosos. Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad y de la universalidad de la democracia, frente al espíritu vil y acomodaticios de los que interpretan los principios democráticos mirando hacia las cajas de caudales o hacia las acciones industriales que quieren salvar de todo riesgo.

No os olvidaremos, y, cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!

Volved a nuestro lado, que aquí encontraréis patria los que no tenéis patria, amigos, los que tenéis que vivir privados de amistad, y todos, todos, el cariño y el agradecimiento de todo el pueblo español, que hoy y mañana gritará con entusiasmo: ¡Vivan los héroes de las Brigadas Internacionales!



VEINTE SEGUNDOS PARA MATAR: LA IA Y LA GUERRA AUTOMATIZADA

MIGUEL BORRAJO

Veinte segundos. Ese es el tiempo que tiene un analista militar para aprobar o rechazar un ataque. Sobre su pantalla, cuadros de vídeo seleccionados por un algoritmo ofrecen un abanico de probabilidades: 0,92 de que el punto brillante sea un lanzacohetes; 0,87 de que el edificio contiguo actúe como puesto de mando, 0,10 que se trate de una familia con sus hijos. Si el cronómetro llega a cero, el misil parte a su destino. Si no, la oportunidad se esfuma. La escena no forma parte de la ciencia ficción, sino que se constituye como una forma de guerra ya en funcionamiento: una *cadena letal* acelerada por la inteligencia artificial, donde el juicio humano se ha reducido a una simple confirmación al final del proceso.

¿Cómo se ha llegado hasta aquí? ¿Qué tipo de historia, de organización social y de inversión técnica permite que una red neuronal, alojada en la nube, filtre objetivos militares como si se tratara de un sistema de recomendación? Para entenderlo tenemos que fijarnos en el lugar que ocupa la tecnología en el sistema de producción, y cómo fuerzas históricas —económicas, militares, estatales— la moldean desde su nacimiento.

A lo largo de las próximas secciones, se mostrará que la inteligencia artificial no surge como un proyecto motivado por la comprensión de la naturaleza del conocimiento, sino como la formalización de necesidades logísticas, militares e industriales contingentes. Para ello trazaremos un pequeño recorrido histórico por la consolidación de la inteligencia artificial como tecnología de mando: desde su origen militar, pasando por su implementación industrial, hasta su despliegue actual en infraestructuras privadas conectadas a la guerra. Esta historia no solo permite entender qué hace la IA, sino también qué se entiende por «inteligencia» dentro de las mismas fuerzas productivas que la impulsan: detectar-seleccionar-ejecutar.

20 SEGU

IA

I. LA GUERRA EN EL NACIMIENTO DEL ESTADO MODERNO

En *Coercion, Capital and European States* (1992), Charles Tilly sostiene que los Estados europeos no surgieron de una evolución natural de las instituciones políticas, sino del entrelazamiento histórico entre tres fuerzas materiales: la guerra, el capital y la coerción organizada. Su tesis es que las transformaciones políticas y tecnológicas no se explican por ideas ni valores, sino por la necesidad de financiar, sostener y coordinar la violencia armada. La forma estatal moderna no precede a la guerra, todo lo contrario, es su producto.

Durante la Edad Media tardía, la guerra era una actividad descentralizada. Los señores feudales movilizaban campesinos y mercenarios de forma temporal; la financiación dependía del saqueo o del tributo inmediato. Pero a medida que las armas de fuego y la artillería pesada transformaron el campo de batalla, el conflicto necesitó de una forma de inversión intensiva de capital. Los cañones, las fortificaciones de piedra, la pólvora y las flotas navales exigían un gasto continuo en materias primas, transporte y personal especializado. Tilly muestra que este cambio técnico y militar hizo inviable la guerra sin una base fiscal estable. «La guerra hizo al Estado moderno, y el Estado hizo la guerra», dirá Tilly. La fórmula resume una dialéctica en la que cada avance en coerción generaba nuevas necesidades de capital y nuevas instituciones para recaudar.

Más adelante, entre los siglos XIV y XVII, esa presión condujo a una reestructuración completa del poder político. Las ciudades comerciales del norte de Italia y los Países Bajos desarrollaron mecanismos de crédito público, letras de cambio y deuda soberana para financiar guerras prolongadas. Inglaterra y Francia, por su parte, consolidaron sistemas impositivos permanentes y aparatos administrativos capaces de sostener ejércitos profesionales. Las innovaciones técnicas —cañones fundidos, artillería móvil, cartografía precisa— se difundían solo cuando podían integrarse en esa nueva infraestructura fiscal. Tilly insiste en que la tecnología bélica no fue motor autónomo del cambio, sino un instrumento dependiente de la organización del capital; un medio subordinado a la capacidad de los gobernantes para recaudar, endeudarse y centralizar recursos.

Esa dinámica generó un proceso de selección histórica. Las unidades políticas que lograron institucionalizar un circuito estable entre coerción y capital sobrevivieron; las que no, desaparecieron o fueron absorbidas. Las pequeñas señorías y repúblicas comunales se vieron incapaces de sostener ejércitos permanentes frente a monarquías centralizadas con haciendas y tesorerías en expansión. La competencia bélica actuó como mecanismo. En *Coercion, Capital and European States* (1992), Charles Tilly sostiene que los Estados europeos no

UND OS

surgieron de una evolución natural de las instituciones políticas, sino del entrelazamiento histórico entre tres fuerzas materiales: la guerra, el capital y la coerción organizada. Su tesis es que las transformaciones políticas y tecnológicas no se explican por ideas ni valores, sino por la necesidad de financiar, sostener y coordinar la violencia armada. La forma estatal moderna no precede a la guerra, todo lo contrario, es su producto.

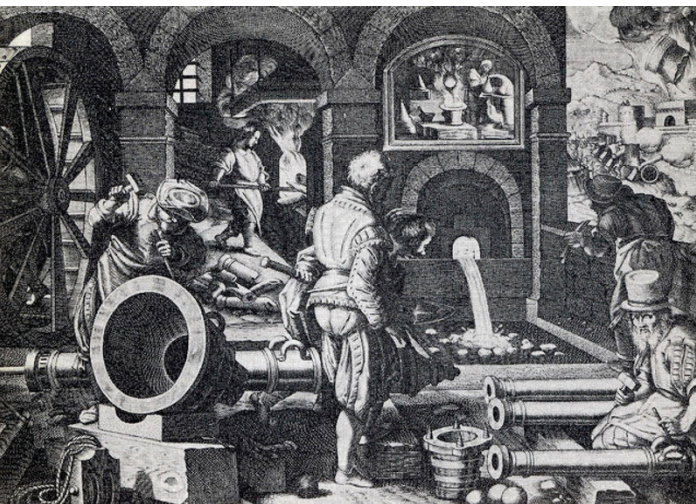
Durante la Edad Media tardía, la guerra era una actividad descentralizada. Los señores feudales movilizaban campesinos y mercenarios de forma temporal; la financiación dependía del saqueo o del tributo inmediato. Pero a medida que las armas de fuego y la artillería pesada transformaron el campo de batalla, el conflicto necesitó de una forma de inversión intensiva de capital. Los cañones, las fortificaciones de piedra, la pólvora y las flotas navales exigían un gasto continuo en materias primas, transporte y personal especializado. Tilly muestra que este cambio técnico y militar hizo inviable la guerra sin una base fiscal estable. «La guerra hizo al Estado moderno, y el Estado hizo la guerra», dirá Tilly. La fórmula resume una dialéctica en la que cada avance en coerción generaba nuevas necesidades de capital y nuevas instituciones para recaudar.

Más adelante, entre los siglos XIV y XVII, esa presión condujo a una reestructuración completa del poder político. Las ciudades comerciales del norte de Italia y los Países Bajos desarrollaron mecanismos de crédito público, letras de cambio y deuda soberana para financiar guerras prolongadas. Inglaterra y Francia, por su parte, consolidaron sistemas impositivos permanentes y aparatos administrativos capaces de sostener ejércitos

profesionales. Las innovaciones técnicas —cañones fundidos, artillería móvil, cartografía precisa— se difundían solo cuando podían integrarse en esa nueva infraestructura fiscal. Tilly insiste en que la tecnología bélica no fue motor autónomo del cambio, sino un instrumento dependiente de la organización del capital; un medio subordinado a la capacidad de los gobernantes para recaudar, endeudarse y centralizar recursos.

Esa dinámica generó un proceso de selección histórica. Las unidades políticas que lograron institucionalizar un circuito estable entre coerción y capital sobrevivieron; las que no, desaparecieron o fueron absorbidas. Las pequeñas señorías y repúblicas comunales se vieron incapaces de sostener ejércitos permanentes frente a monarquías centralizadas con haciendas y tesorerías en expansión. La competencia bélica actuó como mecanismo evolutivo: solo los sistemas capaces de convertir recursos económicos en poder militar —y viceversa— se consolidaron como Estados. A la inversa, la concentración del poder fiscal alimentó la capacidad de coerción: cuanto mayor el control tributario, mayor el ejército; cuanto mayor el ejército, mayor la capacidad de recaudar. El resultado fue la creación de lo que Tilly denomina «máquinas fiscales-militares».

El papel de la tecnología en este proceso fue doble. En primer lugar, amplió el radio de acción y el coste de la guerra. En segundo lugar, impulsó transformaciones administrativas destinadas a absorber esos costos: contabilidad pública, censos, catastros, archivos, estandarización de monedas y medidas. La tecnología de la coerción generó, indirectamente, la tecnología de la administración. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, la generalización de la



Grabado de Philips Galle (1575) que muestra una fundición de cañones.

Desfile militar en la Plaza Roja, foto de M. Prekhner, 7 de noviembre de 1936.

imprensa burocrática, los sistemas postales y los primeros telégrafos permitieron coordinar territorios cada vez más amplios bajo un mismo aparato estatal. Como subraya Tilly, la centralización política fue inseparable del desarrollo de las técnicas de registro y comunicación. La racionalidad burocrática —más tarde identificada por Weber como esencia del Estado moderno— emergió como consecuencia práctica de la necesidad de mantener la guerra a gran escala. En el siglo XIX, esta tendencia se consolidó con la industrialización. La expansión ferroviaria, el telégrafo y las nuevas armas de retrocarga transformaron la logística militar y la administración civil. El Estado se convirtió en gestor de infraestructuras, productor de estadísticas y regulador de flujos materiales y humanos. Tilly identifica aquí un punto crucial: la guerra moderna ya no dependía únicamente del ejército, sino de la capacidad de movilizar economías enteras. La frontera entre producción civil y militar se volvió porosa. La industria armamentística, las fábricas de acero y los bancos nacionales formaron un mismo ecosistema de poder. El Estado-Nación fue la forma política que mejor respondió a esa integración entre coerción y capital: suficientemente centralizado para imponer impuestos y conscripciones, pero lo bastante permeable para incorporar el crédito privado y la innovación técnica.

Así, lo que Tilly llama «máquinas fiscales-militares» designa una forma recurrente, muy actual, de articulación entre violencia, infraestructura y mando. A lo largo de la historia, las innovaciones técnicas más decisivas —desde la artillería hasta el telégrafo, desde el catastro hasta el cálculo estadístico— no fueron herramientas elaboradas por el puro deseo de conocer, sino organizadas por necesidades concretas de control, extracción y ejecución. Esta dinámica continúa vigente bajo nuevas formas. Si el Estado moderno surgió para sostener la guerra industrial, las plataformas digitales actuales reconfiguran ese mismo mandato en clave algorítmica y transnacional.

II. EL COMPLEJO DIGITAL-MILITAR-INDUSTRIAL EN LA PRODUCCIÓN DE LA INTELIGENCIA

La dinámica que Tilly describe no ha desaparecido: se ha digitalizado. Si antes el Estado necesitaba arsenales y haciendas para sostener la guerra, hoy necesita centros de datos, contratos con plataformas tecnológicas y algoritmos de decisión. La inteligencia artificial no es ajena a esta historia, sino su continuación. Para comprenderlo, es necesario rastrear su nacimiento militar y su función actual como tecnología de mando letal.

2.1. LOS EJES DE LA PRODUCCIÓN DE LA INTELIGENCIA MILITAR

La inteligencia artificial no se conformó en torno a una gran pregunta filosófica (algo como «¿cuál es la naturaleza del conocimiento?»), sino alrededor de un encargo muy específico: organizar información y automatizar decisiones para la guerra. Desde el inicio se articularon tres ejes: primero, la capacidad de integrar señales y operar en tiempo real, como mostraron Whirlwind y SAGE; segundo, la formalización de la decisión en problemas bien definidos, impulsada por RAND y los programas de Simon y Newell; y tercero, la clasificación automática de datos ruidosos, inaugurada con el perceptrón de Rosenblatt. Ese conjunto —tiempo real, decisión formalizada y clasificación automática— estableció la gramática de lo que más tarde se llamaría «inteligencia artificial».

En los años cincuenta, el sistema SAGE (Semi-Automatic Ground Environment) supuso una infraestructura sin precedentes: costó unos 10 mil millones de dólares en 1954 —equivalente a 67 mil millones actuales, tres veces más que el Proyecto Manhattan— y conectó una red de radares distribuidos por toda Norteamérica con ordenadores centrales y consolas de operador. Su propósito era acortar al máximo el tiempo entre detectar un avión enemigo y lanzar la respuesta: un circuito cerrado que integraba transmisión de datos, cálculo automático, autorización de mando y ejecución del ataque. Funcionó entre 1963 y 1984, consumía megavatios de energía y requería miles de operadores, pero estableció los fundamentos de tecnologías que luego derivarían en el tráfico aéreo civil, la informática en red y, en última instancia, en internet.

El precedente inmediato fue Whirlwind, un proyecto iniciado en el MIT en 1944 con financiación de la Marina estadounidense. Concebido originalmente como un simulador de vuelo, pronto se convirtió en el primer ordenador capaz de operar en tiempo real. A diferencia de las máquinas de cálculo por lotes de la época, que procesaban problemas matemáticos como extensas hojas de cálculo electrónicas, Whirlwind podía recibir señales de sensores, procesarlas en milisegundos y devolver resultados al operador casi instantáneamente.

De Whirlwind a SAGE se fijó un patrón que se volvería estructural en la era digital: integrar múltiples fuentes de señal, transportar datos sin interrupciones, computar con suficiente velocidad y situar al humano en un puesto de validación, cerrando así un circuito de «detectar-decidir-actuar». *Este fue el primer eje: la informática en tiempo real como herramienta para cerrar un ciclo de detección y respuesta.*

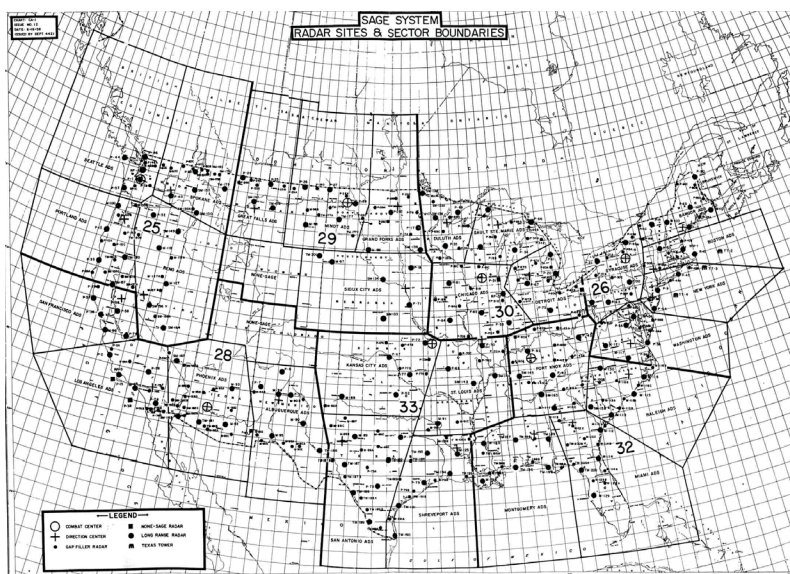
Al mismo tiempo, la RAND Corporation, creada en 1946 como brazo analítico de la Fuerza Aérea de EE. UU., se convirtió en el espacio donde los dilemas de la guerra nuclear y la administración militar se tradujeron en problemas de cálculo sistemático. Como documenta Paul Edwards en *The Closed World* (1996), lo que urgía era fijar protocolos operativos: decidir qué señales contaban como amenaza, cómo combinar fuentes de información ruidosa, en qué punto una probabilidad debía activar una alerta y con qué reglas debe actuarse al detectar una anomalía.

En ese entorno trabajaron Herbert Simon y Allen Newell, que disponían en RAND del JOHNNIAC, uno de los pocos ordenadores de gran escala de la época. Su acceso privilegiado a tiempo de máquina y financiación militar les permitió experimentar con algo que excede el cálculo numérico: la posibilidad de formalizar el propio proceso de decisión. De ahí surgieron programas como *Logic Theorist* (1956), concebido para reproducir demostraciones de los axiomas del *Principia Mathematica*, y el *General Problem Solver* (1957), pensado para aplicar ese mismo procedimiento a cualquier dominio representable. Ambos partían de la teoría de la decisión que Simon había formulado en *Administrative Behavior* (1947): la idea de que la acción racional consiste en recorrer un «espacio de problemas» delimitado, identificar alternativas, evaluar costes y justificar elecciones. Su aportación

fue decisiva: redefinieron la inteligencia como la capacidad de resolver problemas bien formulados en espacios cerrados, donde cada paso podía justificarse y rastrearse. Esto los hacía perfectamente funcionales en el marco que RAND y proyectos como SAGE necesitaban: procedimientos previsibles, trazabilidad de cada decisión y ejecución en tiempos controlados. *Aquí se consolidaba el segundo eje: la formalización de la decisión en protocolos claros y problemas bien definidos.*

En esa misma trayectoria se inscribe el perceptrón de Frank Rosenblatt, desarrollado en 1957 con financiación de la Oficina de Investigación Naval. Aunque a menudo se lo presenta como un intento de imitar el cerebro, su diseño era mucho más pragmático: una máquina de clasificación capaz de procesar entradas sensoriales (como una cámara rudimentaria de 20x20 píxeles), ajustar sus parámetros y distinguir patrones elementales entre datos ruidosos. Su interés militar era evidente: automatizar la detección de blancos, filtrar señales útiles y reducir la incertidumbre en los sistemas de vigilancia.

En paralelo, figuras como Marvin Minsky impulsaban desde el plano conceptual una definición de la inteligencia entendida como un repertorio de técnicas aplicables al control y la resolución de problemas. Su obra *Steps Toward Artificial Intelligence* (1961), elaborada con John McCarthy y



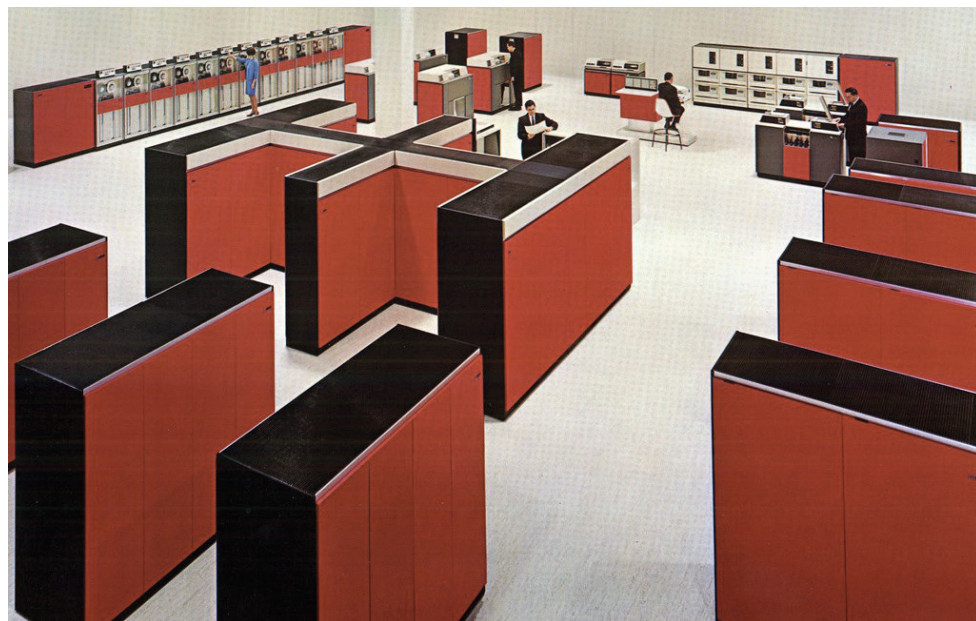
Distribución de radares de SAGE.



El ordenador whirlwind.

financiada por los servicios conjuntos de las Fuerzas Armadas, funcionó como catálogo de métodos y como hoja de ruta para orientar la investigación. Ese mismo ecosistema cristalizó en el *MIT Artificial Intelligence Laboratory*, fundado en 1959, que desde su inicio se sostuvo mediante contratos del Pentágono y de *DARPA*. El laboratorio operaba como nodo estratégico en una red de defensa y gestión de infraestructuras, donde universidad, Estado e industria trabajaban de manera conjunta. *Ese fue el tercer eje: la clasificación automática de señales y la capacidad de extraer patrones fiables en condiciones de ruido e incertidumbre.*

De estos tres ejes podemos lanzar una hipótesis: cuando las infraestructuras, los recursos y los incentivos están alineados en torno a la optimización del mando, el control y la automatización, es inevitable que el concepto mismo de inteligencia que se va consolidando en estos entornos termine siendo definido en términos de funcionalidad organizativa. Inteligencia, entonces, pasa a significar la capacidad de una máquina para ejecutar operaciones que permiten decidir más rápido, con mayor precisión y menor incertidumbre, dentro de sistemas jerárquicos y altamente estructurados. Esa es la inteligencia que interesa —y que se financia— en este marco. Bajo esta lógica, el proyecto de la Inteligencia Artificial se define, convirtiéndose en una ingeniería de la decisión operativa. Con el tiempo, esa deriva del concepto se convierte, a su vez, en una narrativa de progreso: más datos procesados, menor latencia, mayor acierto empiezan a parecer sinónimos de «más inteligente». El relato se constituye así de tal manera que parece que la tecnología avanza hacia una «inteligencia superior». Algunas grandes empresas como OpenAI o Microsoft incluso tienen acuerdos sobre la AGI (Inteligencia Artificial General), la inteligencia general, una inteligencia que «superará a la humana», (signifique lo que signifique eso). En realidad es la inercia de un aparato diseñado para acortar ciclos de decisión instrumentales y estandarizar procesos a gran escala, una idea de inteligencia que encaja a la perfección con los objetivos de las industrias militar y civil precisamente porque nace en los laboratorios de ambas.



Gran sala de ordenadores con un IBM System/360 Modelo 85.

2.2. A CONSOLIDACIÓN DE LA IA EN LA INDUSTRIA

El recorrido histórico que aquí desarrollo se apoya en el trabajo de Jonnie Penn, cuya tesis *Inventing Intelligence* (2020) documenta con detalle cómo la IA se configuró, desde mediados del siglo XX, como una tecnología orientada a resolver los problemas de mando y control propios de la guerra y de la administración estatal. A partir de archivos, contratos y discursos técnicos, Penn muestra que los laboratorios que prosperaron fueron aquellos capaces de alinear sus investigaciones con esta lógica operativa.

Sin embargo, aunque los orígenes de la inteligencia artificial están indisolublemente ligados a la planificación militar y la gestión estatal, fue en el sector industrial donde la IA se consolidó como fuerza productiva. A partir de los años 50, corporaciones como IBM, General Motors y General Electric identificaron en la computación simbólica y el control automático una solución directa a los límites de la gestión tradicional: el tiempo muerto en la producción, la dependencia del conocimiento tácito de los operarios y la autonomía relativa de los trabajadores cualificados. Penn documenta cómo IBM, a través de su División de Investigación, estandarizó lenguajes como FORTRAN para facilitar la programación científica al mismo tiempo que invertía activamente en centros universitarios (Stanford, Carnegie Mellon, MIT) para alinear la investigación académica con sus objetivos comerciales y operativos. En este proceso, pensar se convirtió, una vez más, en una operación formalizable: seleccionar información relevante, procesarla según reglas explícitas y ejecutar un resultado. Este desplazamiento conceptual tuvo efectos materiales precisos. En 1956, General Motors financió junto al MIT el desarrollo del sistema APT (*Automatically Programmed Tool*), una infraestructura de programación para el control numérico. Su objetivo

era recentralizar la autoridad técnica y eliminar la necesidad de operarios expertos. Como señala Penn, este movimiento fue percibido como una forma de «disipar la capacidad de acción» de los maquinistas veteranos, históricamente ligados al sindicalismo. En palabras de Harry Braverman, citado por Penn, se trataba de una «transferencia sistemática del saber hacia el capital» o, más bien, un traslado de la información desde el trabajo vivo (capital variable) hacia el trabajo muerto (capital constante). La IA no solo automatizaba tareas, además, definía quién tenía derecho a intervenir.

El patrón se repite en distintos niveles. A medida que la informática se expandía, IBM priorizó modelos de interacción que facilitaran el control remoto de grandes volúmenes de datos, mientras que el Pentágono financiaba redes de tiempo compartido (como ARPANET) para conectar centros de mando. Penn detalla cómo esta racionalidad técnica fue impulsada por los mismos actores que promovieron la automatización industrial, eliminando sistemáticamente la variabilidad humana del núcleo operativo. El resultado fue una convergencia estratégica: los laboratorios más financiados eran aquellos que ofrecían soluciones al problema del control, no aquellos que exploraban la complejidad de la cognición.

La historia industrial de la IA muestra un interés persistente en redefinir el trabajo, la autonomía y la inteligencia desde una lógica de instrumentación. Los sistemas diseñados para sustituir al operador humano en el taller migraron al espacio digital, al análisis financiero, a la logística militar. El principio técnico era el mismo: reducción de incertidumbre, maximización del control, exclusión de la subjetividad.

III. CORPORACIONES, GUERRA Y AUTOMATIZACIÓN

Los tres ejes que fundaron la IA en los cincuenta —tiempo real, decisión formalizada y clasificación automática— no quedaron en el MIT ni en RAND: hoy son la gramática de las arquitecturas digitales. Lo que antes cerraba un bucle radar-misil ahora articula nube, sensores planetarios y algoritmos de selección de objetivos. La línea es continua: de SAGE a Project Maven, de RAND a Azure, del perceptrón a las redes que criban imágenes satelitales. No estamos ante una novedad, sino ante la actualización de un mismo dispositivo. Y mientras los titulares fantasean con una «inteligencia general», las herramientas ya cumplen su función: reducir incertidumbre, acortar la decisión, estandarizar la ejecución. Dos escenas lo muestran con nitidez: el monopolio transnacional del *cloud* y la introducción de la IA en la selección de objetivos militares.

3.1 EL MONOPOLIO TRANSNACIONAL DEL CLOUD

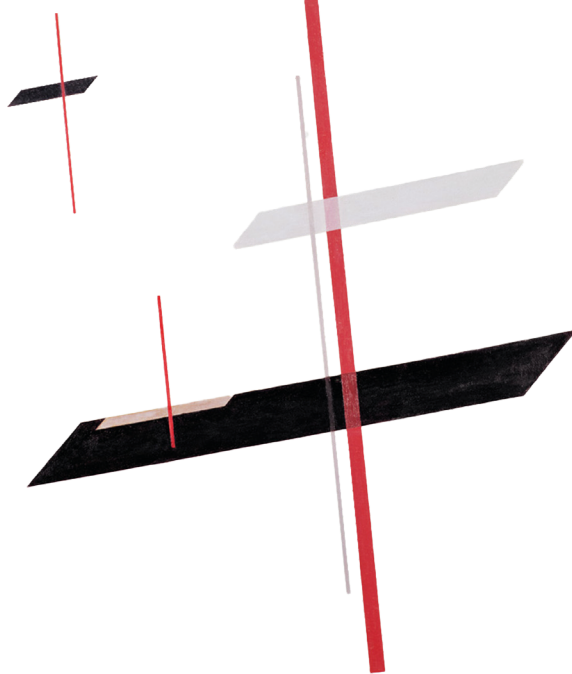
El despliegue contemporáneo de la inteligencia artificial no puede entenderse sin mirar quién controla los medios de producción sobre los que se ejecutan. Lo que en los años cincuenta eran sótanos llenos de válvulas y cables —los radares de SAGE, los simuladores de RAND— hoy son granjas de servidores distribuidas por todo el globo. Pero la lógica es la misma: centralizar la información, reducir la latencia, asegurar el mando. La diferencia es que esa centralización ya no se organiza desde un único laboratorio estatal, sino desde un monopolio transnacional corporativo que concentra la capacidad de cómputo global. Tres empresas —Amazon, Microsoft, Google— dominan el mercado del *cloud* en Occidente y han convertido sus centros de datos en nodos estratégicos del complejo digital-militar-industrial. OpenAI opera sobre Microsoft Azure y Oracle Cloud (proyecto Stargate); Anthropic entrena sus modelos sobre AWS (Project Rainier) y Google Cloud; xAI construye sus propios centros (Colossus, en Memphis) pero todos dependen de la misma arquitectura de GPU Nvidia y de contratos con el Pentágono.

El despliegue contemporáneo de la inteligencia artificial no puede entenderse sin mirar quién controla los medios de producción sobre los que se ejecutan. Lo que en los años cincuenta eran sótanos llenos de válvulas y cables —los radares de SAGE, los simuladores de RAND— hoy son granjas de servidores distribuidos por todo el globo, pero la lógica es la misma. La diferencia es que esa centralización ya no se organiza desde

un único laboratorio estatal, sino desde un monopolio transnacional corporativo que concentra la capacidad de cómputo global. Tres empresas —Amazon, Microsoft, Google— dominan el mercado del *cloud* en Occidente y han convertido sus centros de datos en nodos estratégicos del complejo digital-militar-industrial.

Amazon Web Services (AWS), pionera en este terreno, aloja desde 2013 la infraestructura de la comunidad de inteligencia estadounidense (contrato C2S, Cloud Commercial Services), renovada en 2020 como C2E por 10.000 millones de dólares. AWS es el sistema circulatorio de la CIA y la NSA. Microsoft Azure, a través de su división Government, maneja entornos clasificados para el Pentágono. Fue la gran competidora en el contrato JEDI (*Joint Enterprise Defense Infrastructure*), pensado para unificar toda la nube del antiguo Departamento de Defensa en un solo entorno operativo; aunque JEDI se disolvió en 2021, el nuevo contrato multicloud (JWCC) volvió a recaer en los mismos actores. Google Cloud Platform, tras la protesta masiva de sus empleados en 2018 contra *Project Maven* (del que hablaremos en un momento), prometió no renovar su participación en ese proyecto. Pero siguió vinculada a contratos de ciberseguridad y análisis de datos para aliados estratégicos, desde el Reino Unido hasta Israel, y hoy forma parte también del JWCC.

A este reparto se sumó Oracle, incorporada tras haber denunciado el contrato JEDI por favorecer un monopolio tecnológico. Aunque su cuota de



mercado es marginal, su inclusión en el JWCC respondió a la necesidad institucional de diversificar el proveedor y contener futuras impugnaciones legales. Oracle opera hoy como actor funcional en ciertos nichos militares donde la latencia y la trazabilidad son críticas, pero su peso estructural es muy inferior al de los tres gigantes.

El caso de OpenAI muestra cómo esta infraestructura dual se ha normalizado. Hasta enero de 2024, sus términos de uso prohibían aplicaciones militares. En ese mismo mes, la compañía modificó la política: ya no prohíbe «military and warfare», sino solo el desarrollo o uso de armas y el daño directo a personas. En junio de 2025, el Departamento de Defensa adjudicó a OpenAI Public Sector LLC —la filial de OpenAI dedicada a relaciones institucionales— un contrato de 200 millones de dólares mediante un *other transaction agreement*, un mecanismo legal del Pentágono que evita las cargas administrativas de los contratos públicos tradicionales y favorece la agilidad en proyectos tecnológicos. El contrato, gestionado por la Chief Digital and Artificial Intelligence Office (CDAO), establece el desarrollo de «capacidades de IA de frontera para abordar desafíos críticos de seguridad nacional en dominios de combate y empresariales», con plazo de finalización en julio de 2026. Los casos de uso incluyen ciberdefensa, procesamiento automatizado de datos, apoyo a misiones, optimización administrativa y acceso a servicios de salud para el personal militar. En julio de 2025, OpenAI recibió un segundo contrato

por el mismo monto, esta vez junto a Anthropic, Google y xAI, para desarrollar flujos de trabajo de agentes digitales destinados a misiones de seguridad nacional. Ambos contratos forman parte de la iniciativa OpenAI for Government, que consolida proyectos con los laboratorios nacionales de Los Alamos, Livermore y Sandia, la NASA, el NIH y el Departamento del Tesoro. La misma infraestructura de nube (Azure), las mismas arquitecturas de modelo (transformers) y los mismos métodos de entrenamiento sirven tanto para aplicaciones civiles como para contratos de defensa. La frontera entre uno y otro uso no es técnica, sino contractual y administrativa.

El resultado es una paradoja: la misma infraestructura que se presenta como civil —chatbots, almacenamiento de correos electrónicos, procesamiento de pagos, catálogos de fotos personales— aloja también sistemas de defensa y procesamiento de inteligencia militar. AWS gestiona datos clasificados de la CIA y la NSA; Azure opera entornos del Pentágono; Google Cloud mantiene contratos de ciberseguridad con aliados estratégicos. Los centros de datos, los métodos de optimización y las arquitecturas de modelo no distinguen entre usos: la diferencia la establece el contrato, no la tecnología. De este modo, la genealogía se cierra sobre sí misma: lo que RAND imaginó como cálculo sistemático y lo que SAGE ejecutó como cadena de detección y respuesta reaparece en 2025 en forma de clusters de AWS, Azure y Oracle, con contratos de defensa firmados en salas de juntas privadas.

3.2 SELECCIÓN AUTOMÁTICA DE OBJETIVOS MILITARES

Lanzado en 2017 por el antiguo Departamento de Defensa de EE. UU., *Project Maven* fue diseñado para traducir las promesas del aprendizaje automático en ventajas operativas inmediatas. Su lógica era directa: emplear visión por computador y fusión de sensores para acelerar la *cadena letal*, la secuencia que va de detectar a disparar. Donde antes hacían falta miles de analistas revisando horas de vídeo de drones, Maven prometía reemplazarlos con redes neuronales alojadas en GovCloud, la nube gubernamental operada por Amazon y Google. En ejercicios como *Scarlet Dragon*, imágenes satelitales entraban en el sistema, un algoritmo marcaba posibles blancos, y un operador humano debía validar rápidamente el objetivo antes de que un lanzacohetes HIMARS ejecutase el ataque.

Según el Pentágono, el sistema automatiza cuatro de los seis pasos tradicionales de la cadena letal, permitiendo a un equipo reducido tomar hasta 80 decisiones de ataque por hora. Si antes el proceso implicaba descubrir, fijar, rastrear, apuntar, atacar, evaluar, ahora se limita, en la práctica, a Atacar y Evaluar. Tras los ataques del 7 de octubre de 2023, Israel adoptó y radicalizó esta lógica. Dos sistemas, *Gospel* (Habsora) y *Lavender*, operaron como fábricas algorítmicas de objetivos. *Gospel* generaba coordenadas a partir de inteligencia multifuente —viviendas, antenas, edificios civiles convertidos en blancos—, mientras que *Lavender* cruzaba decenas

de miles de nombres gazatíes con indicadores de afiliación a milicias. En ambos casos, el operador humano aparecía solo al final de la cadena, con apenas unos segundos para aprobar cada ataque. Según testimonios recogidos por *+972 Magazine* y *Local Call*, ese tiempo de validación era tan reducido que la intervención humana equivalía a «un sello de aprobación». Aunque estas cifras no provienen de documentos oficiales, múltiples relatos coinciden en señalar un margen operativo de segundos, con umbrales predefinidos de «bajas civiles aceptables».

Parte de esta infraestructura corría sobre Microsoft Azure, la misma nube que aloja datos corporativos a escala global. En 2025 se reveló que Azure había almacenado llamadas interceptadas por la *Unity 8200*, una unidad de inteligencia israelí, con el objetivo de almacenar grabaciones de llamadas interceptadas por la población palestina. Microsoft anunció una suspensión parcial, sin romper sus contratos de ciberseguridad con el Estado israelí.

Lo que antes eran pasos discretos en una cadena de decisión hoy se condensa en un flujo continuo, donde los algoritmos proponen y los humanos confirman por inercia. La cadena letal se convierte ahora en una interfaz: una máquina de letalidad estadística en la que la incertidumbre se procesa como probabilidad, y la validación como trámite.



Distribución de los mayores centros de datos del mundo en 2016.

IV. COERCIÓN, CAPITAL E INFRAESTRUCTURA: UNA LECTURA DESDE TILLY

El enfoque de Tilly permite comprender el presente. Las infraestructuras computacionales actuales cumplen, en parte, funciones que se asemejan a las de los archivos estatales: registrar, clasificar, hacer trazable. Pero van más allá: no solo almacenan información, sino que procesan datos en tiempo real para acelerar la toma de decisiones operativas. Las plataformas de targeting, los sistemas de fusión de sensores y los modelos de clasificación automática no tienen equivalente directo en el arsenal del Estado moderno; son dispositivos nuevos que integran vigilancia, análisis y propuesta de acción en un mismo flujo. La diferencia clave es que estas funciones han sido, en gran medida, externalizadas hacia empresas privadas. Plataformas como Microsoft Azure, AWS o Google Cloud alojan procesos decisivos para el ejercicio contemporáneo de la fuerza, bajo contratos financiados con fondos públicos y orientados a optimizar velocidad, cobertura y control. Desde esta perspectiva, la inteligencia artificial no aparece como una disrupción epistemológica, sino como una reconfiguración de los medios materiales del mando. La reducción del juicio humano a una validación de segundos no es consecuencia de una lógica puramente técnica, sino de un marco organizativo que prioriza latencia, escalabilidad y eficiencia por encima de trazabilidad o deliberación. La forma que adopta hoy la inteligencia refleja esas prioridades.

En este sentido, la lección que deja Tilly es que cuando coerción y capital se articulan de forma estable a través de tecnología e infraestructura, producen formas específicas de orden político. La decisión letal computacionalista no puede ser desmantelada desde el plano individual. Requiere una respuesta organizada, estructural y colectiva, que no solo dispute los efectos, sino también las condiciones materiales que los hacen posibles. Esto tiene implicaciones políticas concretas. Si las condiciones necesarias de la decisión letal automatizada dependen de estructuras contractuales, infraestructuras técnicas y flujos financieros, entonces la respuesta no puede limitarse a una ética del diseño ni a una regulación de dispositivos aislados. Se trata de intervenir sobre los puntos de apoyo del sistema: la financiación pública, las cláusulas de los contratos, la propiedad y localización

de los centros de datos, las condiciones laborales del trabajo técnico y los mecanismos de inspección y control.

Estas arquitecturas de decisión son síntomas de una reorganización profunda del mando, la letalidad y la infraestructura digital. Desde *Maven* hasta *Lavender*, pasando por enjambres, drones autónomos y plataformas de tiro asistido por IA, se consolida un modelo donde el vínculo humano se reduce —cuando existe— a un clic. Los sensores alimentan modelos alojados en la nube, los modelos calculan probabilidades, los sistemas actúan. La decisión se descentraliza hacia el perímetro (*edge computing*), pero el poder se concentra más que nunca en infraestructuras privadas. Microsoft Azure, Amazon Web Services, Google Cloud. Estados Unidos, Europa y, cada vez más, China. La guerra contemporánea ya no se sostiene únicamente sobre arsenales físicos, sino sobre clusters de entrenamiento, contratos de hosting y arquitecturas opacas de decisión que los coordinan y activan. Hoy, más que nunca, la centralización que mencionaba Tilly se articula en torno a núcleos empresariales.

Este desplazamiento, a su vez, redefine qué cuenta como inteligencia. Siguiendo a Jonnie Penn, la IA representa una cristalización de formas estadísticas, computables y clasificatorias de saber, que despolitizan la toma de decisiones y neutralizan la deliberación de la misma forma en que lo hace cualquier proceso burocrático. Estamos ante una estructura transnacional donde el desarrollo tecnológico, el diseño computacional y los marcos legales se entrelazan para producir muertes en serie. La responsabilidad se diluye: ¿quién responde cuando la decisión se toma entre sensores, funciones de pérdida y servidores alquilados? Por eso la respuesta no puede limitarse a regular armas autónomas como si fueran objetos aislados. Se trata de confrontar las condiciones materiales que las hacen posibles: las empresas que entrenan, alojan y venden estos sistemas; los Estados que los compran sin rendición de cuentas; las arquitecturas que distribuyen la decisión sin repartir la responsabilidad, y la estructura social que pone el beneficio privado por encima del colectivo.

EL REALISMO SOCIALISTA DE MIJAÍL SHÓLOJOV

NOLITO FERREIRA

I. BREVE REPASO BIOGRÁFICO

Un 24 de mayo de 1905 nació, en una aldea cosaca a orillas del río Don, el escritor comunista Mijaíl Shólojov. Galardonado con el Premio Stalin de primer grado en 1941 por su novela *El Don apacible*, el Premio Lenin en 1960 por *Campos roturados*, y el Premio Nobel de literatura en 1965, es sin duda uno de los escritores más importantes de la historia de la Unión Soviética.

Nacido en una granja de la región de Rostov, al sur de Rusia, sus padres se aseguraron de que Mijaíl se alfabetizase desde niño. Graduado en el Gimnasio de la aldea de Vechenskaia en 1919, realizó desde joven diversas labores mandadas por el Comité Revolucionario, como hacer de maestro para la erradicación del analfabetismo o trabajar como inspector de alimentos.

Durante la década de 1920, Shólojov empezó su fructífera carrera de escritor, paralelamente a los distintos trabajos que realizaba para su supervivencia. Su primer cuento fue publicado en el periódico *Joven Leninista* en septiembre de 1923, y a partir de 1925 se convirtió en colaborador de la revista *Komsomoliya*. Ya desde entonces Shólojov apuntaba maneras: toda su obra, caracterizada por un gran realismo, se ubica geográficamente en torno al Don, captando las profundas transformaciones históricas y las luchas de clases en el seno del pueblo cosaco.

Entre 1928 y 1932 se publicaron los tres primeros tomos su obra magna, conocida en castellano como *El Don apacible*, aunque no fue hasta 1940 que se publicó el cuarto y último tomo de esta obra. La profundidad y complejidad de *El Don apacible*, que empezó a publicarse cuando Shólojov contaba con tan solo 23 años de edad, llevó a varios personajes anticomunistas como Solzhenitsin a acusarle de plagio, algo que terminó por demostrarse falso.

En 1930, Shólojov ingresó al Partido Comunista y a partir de 1931 trabajó como corresponsal para *Pravda*. Participó en el Congreso de Escritores Soviéticos de 1934 como miembro de su presidium, y en 1937 fue elegido diputado del Soviet Supremo de la URSS. Durante la guerra trabajó como corresponsal en varios frentes, incluido el de Stalingrado, y fue desmovilizado en 1945 con el grado de coronel. Desde entonces, y sin nunca dejar de escribir, asumió diversos cargos en órganos e instituciones, llegando a formar parte del Comité Central del PCUS desde 1961 hasta su muerte en 1984.

II. EL REALISMO SOCIALISTA DE SHÓLOJOV

Como decíamos, la obra de Shólojov está completamente atravesada, como su propia tierra, por el río Don, que fragmenta y unifica la centenaria historia del orgulloso pueblo cosaco: ese pueblo que durante siglos se había convertido en la temida caballería al servicio de los zares, en la fuerza de choque que rompía las filas enemigas y que sofocaba las huelgas y rebeliones internas.

Ya en sus primeros cuentos, empapados de épica, Shólojov narra los conflictos internos de un pueblo arrastrado por la historia a la cruda lucha de clases. Esto toma su forma definitiva en *El Don apacible*, con cuya lectura uno puede revivir la ruptura de un modo de vida centenario, tranquilo y monótono, y recorrer el descenso hacia lo más cruel y perverso de la vida, hacia el hundimiento de un mundo.

Pero con el colapso de la vieja vida, la obra de Shólojov no cae en la desesperación nihilista, en lo absurdo de la existencia y en la confusión de un mundo en tinieblas, sino que es capaz de mostrar, iluminando todas las contradicciones sociales e internas de los personajes, cómo de allí ha de nacer un mundo nuevo. Y la construcción de este nuevo mundo se ve reflejada en sus obras posteriores, tanto en *Campos roturados*, donde la lucha de clases en el campo soviético toma su forma más descarnada, como en las obras bélicas de posguerra, como *Lucharon por la patria* o el cuento *El destino de un hombre*, donde la camaradería y la dignidad humana se entremezclan con el embrutecimiento físico y moral al que la guerra empuja a sus personajes.

Es precisamente por cómo da forma artística a este fiel reflejo de la realidad y de sus contradicciones, que Shólojov se eleva a las altas cumbres de la literatura. A diferencia de los partidarios del «arte por el arte», que buscan un alejamiento de la vida a través la abstracción artística, el marxismo enfatiza en el hecho de que el arte es, siempre y necesariamente, el reflejo de alguno de los aspectos de la realidad. Pero este *reflejo estético* o *artístico*, como lo denominara Lukács, no debe ser una simple captación paisajística o apariencial de un fenómeno, sino la exploración de su esencia a través de los métodos artísticos.

Así, el gran arte es capaz de captar la verdad de la vida, la hace aparecer ante nuestros ojos en su profundidad, en su complejidad, de forma más colorida y multifacética. Y es precisamente así como se nos muestra, en *El Don apacible*

y en *Campos roturados*, la cruda y compleja lucha entre el viejo mundo que se resiste a morir y el nuevo mundo que lucha por su futuro. De esta manera, los cientos de personajes que cobran vida en *El Don apacible*, en los *Cuentos del Don* o en *Campos roturados*, se ven arrastrados, con sus dudas, sus miserias y sus contradicciones internas, a tomar partido por la revolución o en contra de ella, a menudo sin ser conscientes de ello.

Ejemplo de esta captación de la vida es también la forma en la que Shólojov nos muestra la división sexual del trabajo y la desigual —y violenta— relación entre hombres y mujeres en el seno de la familia cosaca, inclusive en *Lucharon por la patria* y en *El destino de un hombre*, donde los protagonistas son firmes soldados del Ejército Rojo. Aunque en estos parece haber quedado ya atrás las constantes y durísimas palizas de los maridos a sus mujeres, que tan habituales son en *El Don apacible*, no faltan los comentarios, las formas de relacionarse y los hábitos en el hogar que hoy, ochenta años más tarde, podemos cuestionar con crítica dureza.

Y es precisamente en este fiel reflejo que ilumina multifacéticamente la lucha de lo nuevo contra lo viejo, que Shólojov, firme defensor del realismo socialista, toma partido por el nuevo mundo. Como bien demostró Lukács en su *Estética*,

ningún escritor puede crear una obra apolítica o apartidista. A través de su obra, lo quiera o no, el propio escritor toma posición ante el mundo y sus problemas. Lo relevante del realismo es que, al pretender reflejar fielmente la realidad, debe necesariamente dar forma y expresar las contradicciones sociales realmente existentes, e iluminar de esta manera la lucha de lo nuevo contra lo viejo. Y al mostrar fielmente esta lucha, el escritor, aún sin quererlo, se posiciona en favor de la lucha de masas por el nuevo mundo. Esto es lo que Engels proclamó como el triunfo del realismo.

Pero «el consciente partidismo del realismo socialista», dice Lukács en su *Estética*, «significa un partidismo con recta conciencia, solo conseguible mediante la concepción marxista del mundo y cualitativamente nuevo respecto de las tomas de posición espontáneas de toda anterior práctica artística». Es así, con esta recta conciencia marxista, que Shólojov es capaz de comprender la esencia de su época y de explorar, a través de la literatura, los entresijos, las contradicciones y las complejidades del momento histórico. De esta manera alcanza Shólojov las cumbres del realismo socialista, que aleja todo atisbo de propaganda en su obra y que, precisamente por ello, consiguió también el reconocimiento del mundo occidental en plena Guerra Fría.



Molinos de viento del koljós de Voskhod, fotografía de M. Smodor, 1931.

La entrada del Ejército Rojo en Novorosiisk, I.A. Vladimirov.

III. DE SUS PRIMEROS ESCRITOS A SU OBRA MAGNA, *EL DON APACIBLE*

Los cuentos de juventud de Shólojov, escritos fundamentalmente entre 1924 y 1926, es decir, entre sus 19 y 21 años de edad, han sido recopilados en distintas antologías bajo el título *Cuentos del Don*. Si se leen cronológicamente es fácil ver cómo evoluciona la prosa de Shólojov y cómo se prepara para su obra magna, *El Don apacible*, cuyos dos primeros tomos fueron escritos en torno a 1926 y 1927.

Ya en estos cuentos puede verse de forma embrionaria la característica atención que presta Shólojov a los más pequeños detalles que sumergen al lector en una atmósfera o ambiente determinado, deteniéndose en inmersivas descripciones del clima, en los cálidos tonos de la luz al atardecer sobre los campos de trigo o en la fría y débil luz de la luna entre la bruma del Don, en los olores de las flores, de los animales y del sudor, en el calor sofocante del verano o en el gélido frío que huela los ríos y cubre de blanco la interminable estepa.

Así, mientras que en sus primeros cuentos vemos cómo simplemente se limita a una breve anotación descriptiva del entorno, más parecido a como ocurre en un guion de teatro o de cine, poco a poco su pluma va tomando soltura y confianza, y ya en el cuento *El potro*, de 1926, encuentra una fuerza literaria que sabrá desarrollar de forma maravillosa en sus años posteriores. Esta misma evolución en la prosa de Shólojov se puede apreciar, de hecho, con una atenta lectura de *El Don apacible*: mientras que en 1926 y 1927, años en los que escribe

los dos primeros tomos, Shólojov ha encontrado ya su voz de escritor, en el tercer y cuarto tomos, publicados en 1932 y 1940, esta se ha hecho más profunda y más bella.

Es por esto que, aunque los *Cuentos del Don* tengan cierto interés por sí mismos, hay que tener presente que se tratan tan solo de los primeros pasos en la carrera literaria de su autor, por lo que una justa valoración de la valía artística de Shólojov debe hacerse teniendo en cuenta *El Don apacible* y *Campos roturados*.

Por eso, si bien la lectura de los *Cuentos* puede ser una forma de introducirse a la obra de Shólojov, estos cobran toda su riqueza solo después de la lectura de *El Don apacible*. Y esto por dos motivos. Primero, en lo formal, para reconocer en ellos la rápida evolución en la prosa de Shólojov, ya mencionada previamente, que parte de una considerable simpleza inicial. Y segundo, en cuanto al contenido, porque los *Cuentos* pueden ser leídos como «spin-offs» de *El Don apacible*, es decir, como pequeños cuentos o historietas que completan todavía más el gran universo que Shólojov construye en torno al impacto de la guerra civil en las familias cosacas del Don, y con el cual el lector se familiariza a lo largo de la lectura de esta obra. De esta manera, aunque los *Cuentos* estén escritos con anterioridad, su lectura posterior a la de *El Don apacible* permite contextualizarlos y comprenderlos mejor.



IV. CAMPOS ROTURADOS, LA LUCHA DE CLASES EN EL CAMPO SOVIÉTICO

Campos roturados es, después de *El Don apacible*, la mejor obra de Shólojov. Más breve que su obra magna, *Campos roturados* narra, en dos tomos, la cruda lucha de clases en el campo soviético. El primer volumen se publicó en 1932, y logró terminar el segundo antes de la guerra. Sin embargo, tras un bombardeo en la aldea de Vechenskaia en junio de 1942, su casa fue destruida. Este hecho trágico se saldó con la muerte de su madre y la destrucción de sus manuscritos. Finalmente, tras la guerra, Shólojov reescribió el segundo tomo y pudo publicarlo en 1959.

Los acontecimientos de esta novela narran el proceso de colectivización de la tierra a principios de la década de 1930. Tras la superación de la NEP (la Nueva Política Económica) y la instauración, en 1928, del primer Plan Quinquenal, la dirigencia soviética asumió como tarea fundamental la expropiación de los kulaks —los campesinos ricos— para avanzar hacia la socialización de la tierra, que había permanecido parcialmente privatizada durante la década anterior.

Así, se impulsó la creación de los koljoses —las granjas comunales— como paso intermedio entre la producción privada del campo y su socialización. A este proceso, los kulaks, como no podía ser de otra manera, se opusieron radicalmente. Muchos de ellos provenían de antiguas familias

adineradas, mientras que otros lograron su riqueza a través de su propio trabajo y su audacia en los negocios durante la época de la NEP. En cualquier caso, unos y otros se opusieron a la expropiación de sus propias tierras y de su ganado, y con una reciente memoria de la guerra civil y un Estado soviético todavía debilitado, los sabotajes, las conspiraciones y la esperanza del derrocamiento del poder obrero se mantenían arraigados entre buena parte de la población rural.

Con la intención de agitar en favor de la socialización de la tierra, y de impulsar y dirigir la creación de koljoses en el campo, el Estado soviético llevó a cabo la iniciativa de Los Veinticinco Mil. Se trató del traslado de 25.000 voluntarios, obreros de las ciudades militantes del Partido Comunista, al campo, para impulsar allí la socialización de la tierra y realizar trabajos económicos y organizativos en los koljoses. Davídov, el principal protagonista de *Campos roturados* es, pues, uno de estos obreros llegados a una pequeña aldea a la vera del Don. Allí entra en contacto con los miembros de la célula comunista encargada de dirigir la creación de un koljós, y se ve envuelto en un ambiente totalmente distinto al que está acostumbrado.

La centenaria tradición cosaca, con su modelo de familia estrictamente patriarcal y su estrecho vínculo casi místico con el campo y el ganado; el



arraigo de las formas peculiares de propiedad —una mezcla de comunización de la tierra y pequeña propiedad—; y, en definitiva, las formas sociales en las que se organizaba históricamente el campo en la región del Don, dificultaban enormemente el desarrollo del proyecto socialista. Además, el boicot, la conspiración, la actividad clandestina e incluso el asesinato por parte de viejos partidarios *blancos* con contactos en el exterior, en alianza con los kulaks y otros campesinos, dificultaban todavía más el éxito del programa soviético.

A estas dificultades debe añadirse la inexperiencia de los dirigentes comunistas locales, que Shólojov logra reflejar tan fielmente. No son extrañas las decisiones apresuradas, los atropellos a la propia política comunista y la toma de decisiones motivadas por odios personales. Por ejemplo, en la primera asamblea de campesinos pobres que se celebra, uno de ellos se abstiene a la requisita de las propiedades de uno de los kulaks del pueblo, vecino suyo y con quien mantiene una buena relación personal. Esta abstención es suficiente para que, acosado por preguntas sobre su lealtad por parte de los asistentes a la asamblea, termine siendo expulsado de ella, en lugar de respetar su voz y voto en un espacio de democracia obrero-campesina.

Siguiendo la estela de *El Don apacible*, la lucha de clases se manifiesta en *Campos roturados* no como un enfrentamiento mecánico entre intereses abiertamente contrapuestos, sino que se enmaraña en una compleja red de relaciones personales, de pasiones y de odios, llevadas a cabo por personajes que cobran vida propia y que no actúan como figuras literarias simplificadas, como representantes de unos u otros intereses, sino como verdaderos seres humanos que se equivocan, que aciertan, que actúan con inteligencia o con imprudencia, que dudan, que avanzan y que retroceden.



Organización del koljós,
G.S. Minsky.

Después del trabajo, A.A.
Serbutovsky, 1987.

En el campo.

V. CRÓNICAS DE LA LUCHA ANTIFASCISTA: *LUCHARON POR LA PATRIA Y EL DESTINO DE UN HOMBRE*

A diferencia de los textos anteriores, *Lucharon por la patria* y *El destino de un hombre* muestran solamente la perspectiva de uno de los bandos en pugna. En el contexto de la ofensiva nazi-fascista sobre la Unión Soviética, Shólojov narra en estos relatos las aventuras y desventuras de soldados del Ejército Rojo.

Lucharon por la patria se escribió en varias etapas: empezó a trabajar en la novela durante los años de la guerra y en las décadas siguientes volvió sobre ella de forma fragmentaria. Sin embargo, nunca terminó la obra y solo quedaron varios capítulos; se trata, por tanto, de una novela inacabada. En ella, Shólojov narra (recrea) uno de los momentos más trágicos de la guerra: la retirada de las tropas soviéticas sobre el Don en el verano de 1942. En esta retirada se entremezcla la dignidad y valentía de los soldados que intentan resistir, con la incapacidad, el desorden y el miedo (la desesperación) que les hace ceder palmo a palmo su propia tierra. El coraje se embarra con el miedo y el terror, lo heroico se funde con lo trágico, la dignidad con la inmundicia, y la camaradería cede en ocasiones a la hostilidad.

Se trata de una obra donde no nos encontramos con un protagonista, sino que todos los personajes se intercambian, en los distintos capítulos, ese rol. El narrador nos muestra así las distintas personalidades y formas en las que cada uno de los personajes afronta su trágica situación personal,

revelando el fondo humano y banal de aquellos que terminaron convirtiéndose, por fuerza de los hechos, en los héroes que contribuyeron a derrotar a las oscuras fuerzas del nazi-fascismo.

Por su parte, *El destino de un hombre* fue escrito en 1956. Se trata de un cuento basado en hechos reales; mientras Shólojov se encontraba de caza en la primavera de 1946, se encontró con un hombre que le explicó su dramática historia. Diez años más tarde Shólojov decidió que aquella historia debía quedar registrada en la forma de un cuento. Así, Andréi Sokolov, el protagonista de *El destino de un hombre*, representa la vida de un anónimo soldado del Ejército Rojo, capturado por los nazis y llevado a un campo de concentración, que tuvo que pasar por los mayores horrores físicos y morales que la vida puede deparar a un hombre, para, a pesar de todo, levantarse de nuevo con esperanza y encontrar un nuevo sentido a su vida.

La recreación humana de una situación tan trágica y excepcional hizo que su publicación tuviese un gran impacto. Rápidamente la crítica soviética y occidental alagaron el cuento e, incluso, Ernest Hemingway opinó que se trataba de uno de los mejores cuentos del siglo XX. *El destino de un hombre* es, podríamos decir, la historia de dos huérfanos: Andréi Sokolov y su nuevo hijo, que lo perdieron todo pero que, por cosas del destino, se unen para siempre y resignifican sus vidas aún sin saber muy bien cómo y por qué.

VI. PALABRAS FINALES

Si existe una forma de recrear la guerra y el conflicto en literatura sin ensañarse en el morbo y sin esencializar la violencia, esa es precisamente la forma en la que la aborda Shólojov. En su obra explora todos los aspectos de la guerra: no muestra solo el frente, sino también la retaguardia; la acción del combate y su preparación; la adrenalina y el reposo; el dolor de la pérdida y su banalización; la fidelidad y el engaño; la camaradería y la traición, etc., etc. Mostrar humanamente la guerra es también mostrar la deshumanización a la que ella empuja; y viceversa, en los actos más viles no se pierde nunca el fondo humano. Shólojov muestra en su obra la negación, la destrucción, en toda su magnitud. Pero también muestra la negación de la negación, lo positivo en lo negativo, lo creativo en lo destructivo, el surgimiento de lo nuevo sobre las ruinas de lo viejo.

La dialéctica empapa toda la obra de Shólojov. El movimiento histórico se manifiesta profundamente, sus transiciones —de la paz a la guerra imperialista; de la guerra imperialista a la guerra civil; de la guerra civil al nuevo poder obrero— no se dan mecánicamente, sino en su completa complejidad; los personajes no solo se enfrentan unos a otros, sino que en sí mismos están llenos de contradicciones. Como en la vida misma, la contradicción es el motor que empuja toda la obra de Shólojov.

Los grandes eventos históricos que narra se nos muestran como totalidad precisamente porque Shólojov es capaz de mostrar, a través de sus personajes, todas las aristas y los detalles, a la vez que se ven arrastrados por unas relaciones sociales que no son capaces de dominar y que marcan el curso de la historia. Lo general —a saber, la lucha de clases, la transición de un orden social a otro, el verdadero movimiento histórico, la esencia de su época— se manifiesta a través de lo singular. Esta es una de las grandes cualidades de la obra de Shólojov.

En su discurso al recoger el Premio Nobel de Literatura en 1965, dijo unas palabras memorables: «Quisiera que mis libros ayudaran a las personas a ser mejores, a ser más puras de espíritu y a despertar el amor por la humanidad. Si lo he conseguido en cierta medida, me siento feliz». Firme en su ideal, no cabe duda de que la obra de Shólojov es un gran aporte a la causa de la humanidad emancipada.

EL OPTIMISMO TRÁGICO EN *EL DON APACIBLE*

FERNANDO VALKO

El sentido de la historia radica en la vida de los pueblos, la vida de las masas; su trabajo callado, sus amores profundos, el apego a la tierra en la que se nace, la angustia y los sufrimientos diarios, la eterna lucha entre los que nada tienen y los que todo lo poseen. *El Don Apacible* de Shólojov es una epopeya épica que narra la vida de un pueblo, el agrietamiento y transformación del mundo cosaco durante los terribles años de la I Guerra Mundial hasta aquellos días que estremecieron el mundo con la Gran Revolución Socialista de Octubre y la Guerra Civil rusa. Lo que vemos en estos años es la destrucción del viejo mundo: la caída del trono imperial zarista, el levantamiento de las masas desposeídas de obreros y campesinos, la negra reacción de aquellos que dominaron y se niegan a ceder su poder. Shólojov plasma cómo estos años atraviesan de manera fulminante la pacífica vida del pueblo cosaco, cómo afloran todas las contradicciones que callaban ante el peso de la tradición, cómo aquellos que antes eran hermanos se enfrentan a muerte, cosacos pobres contra cosacos ricos, rojos contra blancos, lo nuevo contra lo viejo.

Como gran realista, Shólojov no plasma en su obra la vida del pueblo cosaco de manera abstracta, sino que su devenir se encuentra encarnado en multitud de singularidades que nos acompañan en cada página de la novela; un sinfín de personajes que dotan de colorido y vida el mundo de la estepa narrado por Shólojov. Grigori Mélejov, el gran protagonista de *El Don Apacible*, aúna en su seno todas las contradicciones que sacuden al pueblo cosaco. Es un tipo en toda su dimensión estética: a través de su vida singular, personal, nos adentramos en la gran tragedia universal de la guerra y de la revolución. Desde las primeras páginas de *El Don Apacible* vemos cómo Grigori se encuentra desgarrado por las contradicciones que sacuden al pueblo cosaco, cómo en su corazón se realiza también la lucha a muerte entre lo nuevo y lo viejo. Desplazado a servir durante la I Guerra Mundial, Grigori conoce en ella todos los horrores de la guerra imperialista; adquiere el grado de oficial por su valentía pero intuye, mientras ve caer a sus hermanos cosacos en cada nueva batalla y a su pueblo empobrecerse día tras día, que la guerra que se libra es una guerra que solamente beneficia a aquellos que se encuentran en el poder. En los albores de la revolución se pasa al bando rojo, pero allí Grigori tampoco encuentra su lugar al ver cómo la revolución no trae consigo simplemente la paz, sino un nuevo tipo de guerra que remueve los cimientos de la comunidad cosaca: la lucha de clases entre las masas desposeídas y los propietarios, la lucha a muerte entre los obreros y campesinos pobres contra la burguesía explotadora. Grigori, hijo de un pequeño propietario, teme la destrucción total de la vida afable que conoció en su niñez y, asqueado por la violencia revolucionaria, se convierte en uno de los líderes de la insurrección contrarrevolucionaria en el Don pese a odiar con todas sus fuerzas la mezquindad de la burguesía zarista.

Estas contradicciones también se desenvuelven dentro de su vida pasional: su romance prohibido con Axinia Astájova, mujer de su vecino Stepan Astájov, contradice todas las normas sociales del mundo cosaco, salpica de vergüenza a la familia Mélejov y pone en riesgo sus propias vidas, pero es tanto para Axinia como para Grigori un auténtico horizonte de libertad, una libertad que se acoge con miedo y temor, una libertad terrible pero bella donde encontrar el sentido de una vida auténtica. Frente a este amor entre Grigori y Axinia nos encontramos con el matrimonio forzado con Natalia, el cual encarna la vida fijada bajo las tradiciones cosacas: familia, trabajo en la hacienda común, creación de patrimonio para las nuevas generaciones. Grigori oscila sin decidirse plenamente entre la fuerza liberadora del amor verdadero y la tranquilidad de la vida común cosaca; entre la vorágine revolucionaria del poder rojo y la tradición inmutable de la Rusia blanca. Y es en esta búsqueda donde Grigori deviene de héroe épico en trágico, agotándose su vida en un vaivén de fuerzas superiores que no puede comprender ni dominar. Es la Historia de la que hablaban Marx y Engels o la astucia de la razón hegeliana: *no lo saben pero lo hacen*, y es en el caos de singularidades que forman las vidas de los hombres donde se impone en último término el sentido de la historia. Precisamente esa revolución que Grigori nunca llegó a comprender fue la que por vez primera llamó a los hombres a tomar plena conciencia de sus acciones, de sus destinos, de su historia.

En la prosa de Shólojov no existe un ápice de propaganda, pues su vigor radica precisamente en reflejar los amores, miedos, pasiones y terrores de cada uno de los cosacos que aparecen a lo largo de *El Don Apacible*. Shólojov, convencido comunista militante, no rebaja en ningún momento la brutalidad de la represión roja en el Don, una brutalidad que da lugar al levantamiento

cosaco contra el poder soviético. No caricaturiza en ningún momento el poder blanco, pues hasta el burgués más vil es reflejado tan humanamente que se no se puede dejar de sentir compasión por él, pues vemos no solo la categoría económica que representa, sino a un hombre que ama, ríe, sufre y vive como nosotros. Los revolucionarios rojos aparecen con todo su heroísmo, son obreros fieles a la causa bolchevique, comunistas férreos que quieren construir un mundo nuevo libre de toda explotación, pero el bello ideal deviene en terror cuando este se terrenaliza y el revolucionario tiene que volverse implacable, dejar de ser hombre para posibilitar un futuro donde los demás sí lo puedan ser. También la Gran Guerra es mostrada en todo su profundo horror como una vorágine absurda de sangre, vísceras y muerte donde el ser humano es convertido en un autómatas brutal incapaz de reconocer en el otro al prójimo. Frente a la exaltación militarista propia de la literatura fascista —la guerra como higiene del mundo que clamaba Marinetti— Shólojov realiza una honda crítica de la guerra imperialista y de sus miserias, pues su única gloria fue el aniquilar espiritualmente a generaciones de hombres que quedaron vaciados de toda humanidad.

La grandeza de la vida radica en que en su interior habita la alegre risa y el dolor callado, que no existe totalidad de la vida sin lo bello que se conquista a través del sufrimiento. La prosa de Shólojov recoge esta visión de la vida, y en la sencillez de su palabra —palabra nunca simple, nunca seca— la vida cotidiana se nos abre luminosa, plena de hermosura en cada uno de sus detalles, pero también consciente de que tras la dulzura siempre nos encontramos con un amargor profundo que no debe ser ocultado, negado. El Don baña dulcemente las tierras cosacas, cría a hombres fieros e impetuosas mujeres que generación tras generación cultivan con un amor recio las estepas de Rusia. La vida

buena de un pueblo atado a las libertades que permite la tradición, una tradición que esconde también la pobreza de muchos y la riqueza de unos pocos. Cuando lo nuevo amanece surge la esperanza de los muchos, pero esta solamente puede forjarse a través de la lucha implacable, de un nuevo pacto de sacrificio que permita arrancar las raíces podridas de la explotación. Es en esta lucha de lo nuevo contra lo viejo donde cientos de singularidades son sacrificadas en el gran



La Caballería Roja en Perekop, Nikolai Samokish, 1920.

salto que dota a lo humano de un nuevo sentido más pleno. Esto es lo que busca plasmar Shólojov con su palabra, y es por este sentido de la vida por el cual Konstantín Fedin califica a *El Don Apacible* de tragedia optimista, porque al igual que señalase Hegel en su *Fenomenología*, el Espíritu solo puede encontrar su verdad cuando se encuentra a sí en el desgarramiento. Así fue la vida de Grigori Mélejov. Así es la verdad de la vida que refleja *El Don Apacible*.



EL IMPERIALISMO: GUERRA MUNDIAL Y GUERRA CIVIL

FRAGMENTOS, 1924

GYÖRGY LUKÁCS

La teoría del imperialismo de Lenin es menos una teoría de su génesis económicamente necesaria y de sus límites económicos —como la de Rosa Luxemburg—, que una teoría de las concretas fuerzas de clase que el imperialismo desencadena y a las que en su mismo contexto hace operantes; *la teoría de la concreta situación mundial provocada por el imperialismo*. Al analizar la esencia del capitalismo monopolista, lo que en primer lugar le interesa es la situación mundial concreta y la división clasista de la sociedad a la cual da lugar: cómo las grandes potencias coloniales se reparten *de facto* la tierra, cómo evoluciona la división interna entre burguesía y proletariado con el movimiento de concentración de capital (capas puramente parasitarias de rentistas, aristocracia obrera, etc.). Y, sobre todo, cómo la evolución interna del capitalismo monopolista desborda, en virtud de los diferentes ritmos de los países, las «zonas de intereses» establecidas antes de manera más o menos duradera y por vía pacífica, desbordando así no pocos compromisos de este tipo, dando lugar, en consecuencia, a conflictos cuya solución solo puede lograrse por la fuerza, es decir, acudiendo a la guerra.

En la medida en que la esencia del imperialismo es determinada como capitalismo monopolista y su guerra como evolución necesaria y manifestación de esta tendencia a una concentración cada vez mayor, camino del monopolio absoluto, van resultando más claras las diferenciaciones de la sociedad respecto de dicha guerra. Queda patente que imaginarse —a lo Kautsky— que algunas fracciones de la burguesía «no interesadas» directamente en el imperialismo, o incluso «desbordadas» por él pueden ser movilizadas en contra suya no es sino una ingenua ilusión. La evolución monopolista arrastra consigo a toda la burguesía, y es más, no solo encuentra apoyo en la pequeña burguesía —ya de por sí siempre fluctuante— sino también en algunas fracciones del proletariado (aunque es cierto que temporal). Sin embargo, y a diferencia de lo que opinan





**ЛЕНИН –
ЖИЛ,
ЛЕНИН –
ЖИВ,
ЛЕНИН –
БУДЕТ ЖИТЬ!**

В.А. МАЯКОВСКИЙ.

los escépticos profesionales, no es cierto que el proletariado revolucionario acabe reducido por su inexorable oposición al imperialismo a una posición de aislamiento. La evolución de la sociedad capitalista es siempre contradictoria. El capitalismo monopolista crea, por primera vez en la historia, una economía mundial en el auténtico sentido de la palabra; su guerra, la guerra imperialista, es por eso la Primera Guerra Mundial en el significado más riguroso del término. Lo cual significa, sobre todo, que por primera vez en la historia los oprimidos y explotados por el capitalismo han dejado de estar solos en su lucha aislada contra sus opresores en la medida en que son arrastrados en su existencia entera al torbellino de la guerra mundial.

[...]

La guerra imperialista crea una situación en el mundo en la que el proletariado puede ponerse verdaderamente a la cabeza de todos los oprimidos y explotados, en la que la lucha por su liberación puede llegar a convertirse en guía y señal para la liberación de todos los esclavizados por el capitalismo. Y, sin embargo, puede convertirse al mismo tiempo en una situación mundial en la que millones y millones de proletarios se ven obligados a matarse unos a otros con la crueldad más sofisticada para favorecer y consolidar la posición monopolista de sus explotadores. Cuál de ambos destinos le toque en suerte al proletariado *depende de la visión de su papel histórico, de su conciencia de clase*. Porque «los hombres hacen su propia historia». Sin embargo, «no bajo circunstancias elegidas por uno mismo, sino bajo circunstancias directamente encontradas, dadas y transmitidas». Así que no se trata de la elección de si el proletariado quiere luchar o no, sino solo de la elección: *a favor de qué intereses debe luchar, los suyos o los de la burguesía*. El problema que plantea la situación histórica del proletariado *no es el de una elección entre la guerra y la paz, sino el de una elección entre guerra imperialista y guerra contra esta guerra, o sea, guerra civil*.



Lenin en un círculo clandestino de trabajadores,
A.V. Moravov, 1937.

La necesidad de la guerra civil como defensa del proletariado contra la guerra imperialista emana, como todas las formas de lucha del proletariado, de las condiciones de lucha que la evolución de la producción capitalista y de la sociedad burguesa imponen al proletariado. La actividad del partido, la importancia de la adecuada previsión teórica, únicamente alcanza a conferir al proletariado esa fuerza de resistencia o de ataque que en una situación dada posee ya objetivamente en virtud de su posición de clase, pero que dada su inmadurez en el plano de la teoría y en el de la organización no eleva a la altura de lo objetivamente posible. De ahí que aún con anterioridad a la guerra imperialista surgiera la huelga de masas como reacción espontánea del proletariado contra la fase imperialista del capitalismo, y este hecho coherente, que la derecha y el centro de la Segunda Internacional intentaron disimular por todos los medios, ha ido convirtiéndose progresivamente en uno de los pilares teóricos del ala radical.

También en este caso fue Lenin el primero en reconocer muy pronto, ya en 1905, que la huelga general no era suficiente como arma en la lucha decisiva. Al dar a la fracasada insurrección de Moscú el calificativo de etapa decisiva, pretendiendo fijar así sus experiencias concretas frente a Plejánov, que sostenía que «no se deberían haber tomado las armas», *Lenin estaba fundando teóricamente la táctica proletaria necesaria en la guerra mundial*. Porque la fase imperialista del capitalismo y, sobre todo, su culminación en la guerra mundial indican que el capitalismo ha entrado en una situación en la que ha de decidir entre su supervivencia o su desaparición. Y con su agudo instinto de clase habituado a gobernar, consciente de que paralelamente al crecimiento de su ámbito de influencia al desarrollo de su aparato estatal está disminuyendo la base social real de su dominio, se esfuerza con toda la energía de que es capaz tanto por ampliar esta base (arrastrando a ella a las capas medias, corrompiendo a la aristocracia obrera, etc.), como por aplastar definitivamente a sus enemigos mortales, antes de que estos estén en condiciones de ofrecerle una auténtica resistencia. Por eso es la burguesía la que en todas partes liquida lo «pacífico», por problemático que fuera el funcionamiento de toda la teoría del revisionismo, y favorece

medios de lucha «más enérgicos». (Piénsese en América). Se va apoderando cada vez con más energía del aparato estatal, identificándose hasta tal punto con él, que incluso las reivindicaciones de apariencia estrictamente económica de la clase obrera chocan cada vez más intensamente contra esa pared, de tal modo que los obreros se ven obligados a luchar contra el poder estatal (es decir, por el poder estatal, aunque no sean conscientes de ello) si quieren frenar el deterioro de su situación económica y la pérdida de las posiciones ganadas. En virtud de esta evolución, el proletariado se ve obligado a acudir a la táctica de las huelgas generales, con lo que el oportunismo, ante su temor a la revolución, se siente inclinado a abandonar lo ya conseguido en lugar de extraer las consecuencias revolucionarias de la acción. Pero la huelga de masas es —según su naturaleza objetiva— un medio revolucionario. Toda huelga de masas crea una situación revolucionaria de la que la burguesía, ayudada por el aparato estatal, extrae, hasta donde le resulta posible, las consecuencias que le convienen. Frente a estos medios, sin embargo, el proletariado es impotente. *Incluso el arma de la huelga de masas debe fracasar contra ellos si no se alza también contra las armas de la burguesía*. Lo cual le impone el esfuerzo de armarse, de desorganizar el ejército de la burguesía, compuesto por una mayoría de obreros y campesinos, de volver contra la burguesía sus propias armas. (La revolución de 1905 muestra numerosos ejemplos de un penetrante instinto de clase, un instinto que, sin embargo, en este punto no pasa de ser eso: un instinto).

La guerra imperialista representa ahora la escala extrema de esta situación. La burguesía pone al proletariado ante la alternativa de matar a sus camaradas de clase de otros países, obedeciendo a sus intereses monopolistas, o morir por estos intereses, o derrocar al poder de la burguesía por la fuerza de las armas. Los restantes medios de lucha contra esta violencia extrema resultan impotentes, ya que están condenados a estrellarse sin remedio contra el aparato militar de los estados imperialistas. De manera, pues, que si el proletariado quiere evadirse de esta extrema violencia, debe asumir él mismo el combate contra dicho aparato militar: destruirlo desde dentro y dirigir contra la propia

burguesía las armas que la burguesía imperialista se ve obligada a dar al pueblo, utilizándolas así para acabar con el imperialismo.

Así que no hay nada aquí que sea —en el plano teórico— completamente inaudito. Todo lo contrario. El núcleo de la situación radica en las relaciones de clase entre burguesía y proletariado. La guerra no es, según la definición de Clausewitz, sino la prolongación de la política; y lo es, efectivamente,

en todos los sentidos. O sea, que la guerra no solo significa, respecto de la política exterior de un estado, la más extrema y activa prosecución y culminación de la línea mantenida por el país en «tiempos de paz», sino que viene a exacerbar también al máximo, en el contexto de las diferencias clasistas internas de una nación (y del mundo entero), todas aquellas tendencias que en «tiempos de paz» se manifestaban activamente en el seno de la sociedad. De manera, pues, que la guerra no



crea ninguna situación absolutamente nueva, ni respecto de un país ni de una clase en el interior de una nación. Su novedad radica en la transformación cualitativa de todos los problemas, cuantitativamente intensificados de manera excepcional, a que da lugar, provocando así —y solo así— una nueva situación.

En términos socioeconómicos, la guerra es, por tanto, solo una etapa en el desarrollo imperialista

del capitalismo. De ahí que también sea necesariamente una etapa en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía. La importancia de la teoría leninista del imperialismo radica en el hecho de haber sido Lenin el primero en establecer, de manera teóricamente consecuente, un nexo entre la guerra mundial y la evolución general, probándolo claramente a la luz de los problemas concretos de la guerra misma.







